





## Historias de la Corte celestial

Se ha repartido este nuevo folleto, del que fué sabio cate-drático y decidido librepensa-dor, Narciso Campillo.

Y uno de estos días pondré en Correos la Hojita sexta, titulada "La Santa Misión".

El Señor de Cielos y Tierra me conserve la vida muchos años para emplearla en su san-to servicio.

## Lo de Valencia

Ahora, ahora es cuando empieza á verse con claridad los alientos que los conservadores habían dado al clerica-lismo.

Si al verlo no se aprestan á acabar con él todos los que tengan en España un adarme siquiera de sangre liberal, legalmente si es posible, de cualquier manera si no lo es, no hay salvación para este país. Las hordas de la inmo-ralidad religiosa seguirán devastándo-lo, después de haberlo deshonrado.

Lo ocurrido en Valencia confirma esto que digo.

Los republicanos organizaron el últi-mo domingo una manifestación pacífica para entregar al gobernador civil las conclusiones votadas en un mitin el domingo anterior, y que se reducían á pedir la libertad de cultos y la seculari-zación del Estado, ofreciendo ayudar al gobierno en su campaña anticlerical.

«No cometieron, dice un periódico monárquico, violencia ninguna durante el acto de manifestarse, de ir en Comi-sión al edificio del Temple; y la prueba está en que los organizadores, como el diputado Sr. Azzati, aconsejaron á la muchedumbre desde el balcón del Go-bierno civil que se disolviera con el ma-yor orden y sensatez. Así lo efectuaron los manifestantes, sin que por su parte se provocase á nadie.»

Cuando pasaba un pequeño grupo, ya de retirada, por frente al círculo car-lista, dispararon desde él varios tiros, que hirieron á unos cuantos.

Al escribir estos renglones, no tengo detalles de lo ocurrido; pero esto importa poco para juzgar el acto cobarde, ale-voso é infame, propio de quienes lo realizaron, y para gritarles á todos los que, militen en el campo que quieran, no están contagiados del virus clerical.

¡Libertad y á ellos! Entereza y energía para oponernos á esa canalla que se creía ya dueña de España, y que no pue-de disimular su rabia al ver que se la ha detenido en su marcha criminal.

No perdamos ocasión, ni desechemos medio para hacerles morder el polvo; y el día que se atrevan á pasar á mayores, que cada anarquista, que cada socialista,

que cada republicano, que cada demó-crata, que cada liberal que ame á España más que á Roma, proponga y realice en su local dad aquello que crea mejor para acabar de una vez y para siempre con la asquerosa ralea que nos envilece, nos sa-quea y nos deshonra ante el mundo ci-vilizado.

De lo contrario, tendrán derecho á re-negar de nosotros nuestros hijos, á quienes sólo podremos legar vilipen-dios, rebajamientos y miserias, y un ter-ritorio que no es patria, y una moral que es crimen, y unos ejemplos que sonrojan, y unas costumbres que aver-güenzan.

Si ahora no tenemos uno de esos arranques viriles que tienen los pueblos que desean vivir la vida honrada de la civilización, que respetan su historia y piensan en el mañana, reconozcamos nuestro error al combatir el año pasado á los rifeños, en vez de haberles abier-to nuestros brazos y suplicado que vi-niesen á acoplarse con nuestras mujeres, á ver si de este modo conseguimos que dentro de veinte ó treinta años volviese el suelo español á poblarse de una raza de hombres, de hombres en todos los sentidos viriles de la palabra, que hicie-se desaparecer por completo á esta men-guada y miserable que no tiene alientos más que para rezar, resignarse y degra-darse.

JOSÉ NAKENS

## Labor republicana en las Cortes

He aquí un esbozo de programa de las cuentas que al gobierno deben exi-gir por modo inexorable los diputados republicanos:

### I.—Clericalismo

1. Supresión de los obispos paca-tados suprimir por el Concordato.
2. Revisión de textos de los semi-narios en cuanto al respeto y sujeción á las leyes.
3. Ilegitimidad constitucional de las Ordenes religiosas admitidas sin contar con el Parlamento.
4. Castigo de los funcionarios ecle-siásticos transgresores de las leyes y disciplina nacional.
5. Revisión de fortunas de los obis-pos; cuentas de los fondos diocesanos.
6. Revisión de los objetos artísticos vendidos.
7. Revisión de cuentas y de la ho-nesta inversión de los fondos usurpados al clero inferior con el cierre de con-cursos parroquiales.
8. Revisión de las cuentas del per-sonal eclesiástico, respecto á los cargos que figuran ocupados y que no lo fue-ron.
9. Revisión de las sentencias de la Rota anuladas ilegítimamente por la cu-ria romana.
10. Revisión de los pagos hechos por el Estado por conceptos eclesiás-ticos.

11. Examen de los fondos de cape-lanías y obras pías con respecto á su inversión en papel de la Deuda intrans-ferible.

12. Culpabilidad incurrida por los interesados en estos capítulos.

### II.—Legislación

1. Unificación de los códigos y leyes dentro de la letra y espíritu de la Con-stitución.
2. Adaptación de las leyes especiales á la ley fundamental.
3. Estado de los expedientes y cau-sas procesales.
4. Responsabilidad de los funciona-rios públicos en los errores de su oficio perjudiciales á tercero.
5. Expropiación de terrenos incul-tos...
6. Elecciones por voto acumulado.

### III.—Terrorismo político

1. Información sobre las torturas de presos.
2. Información sobre el criterio y modo de llevar la policía los registros de sospechosos, infamatorios para todos los ciudadanos inocentes.
3. Indemnización á todos los perse-guidos cuya culpabilidad no se haya comprobado.

### IV.—La guerra

1. Ilegitimidad constitucional de la guerra del Rif, llamada «acción poli-ciaca».
2. Ilegitimidad constitucional de la agregación de nuevos territorios al do-minio español sin la venia previa del Parlamento.
3. Responsabilidad ante la patria de la calumnia inferida á Cataluña llaman-do separatista al movimiento revolucio-nario.
4. Liquidación de las cuentas de las guerras coloniales.

### V.—Propiedades y concesiones del Estado

1. Amplia información general y pú-blica sobre la administración de minas, tráfico de ferrocarriles, monopolios y concesiones del Estado.
2. Sobre la adquisición de barcos, armas y municiones.
3. Sobre la concesión de comisiones.
4. Mejora de sueldos y supresión de plazas en los servicios del Estado.

(Continuará.)

## UN LIBRO DEMOLEADOR

Aunque publicado en alemán, merece en España un aplauso. Su título es *Das Schwartze Schuldbuch*, y su autor el Dr. Hutten.

Está redactado en forma de libro de caja, con doble columna de *Debe y Haber* anotando con recomendable imparcialidad, en las columnas respectivas, los *Bienes* y los *Daños* que ha atraído á los pueblos el catolicismo, según los datos comprobados por la Historia.

El saldo no puede ser más formida-blemente contrario á la Iglesia.



## La "Sardana" democrática

La monarquía llevando con la derecha á Maura, asido del General de los Jesuitas; con la izquierda á Canalejas, asido de la mano del pueblo, y todos bailando el agua ante el Vaticano... ¡delicioso ensueño!

Pero ¡no será verdad tanta belleza! Esta danza es imposible. El pueblo lleva muchas experiencias que no se borran con trapos mojados, ni con juramentos y promesas de Canalejas.

Uno y otro día insistiremos sobre esto.

La monarquía no pactará, no puede pactar noblemente con la democracia. Se lo impide la casta, la naturaleza, el atavismo y el ambiente que se respira en las altas y medianas esferas. Para ningún conservador, para ningún liberal, ni para ningún demócrata monárquico, JAMÁS el obrero llegará á merecer el concepto de primer ciudadano, ni se concederá á la víctima el derecho á la reparación. Les falta cráneo; su masa cerebral no es capaz de comprender estas verdades de democracia elemental.

En cuanto á las seguridades que del monarca ofrece Canalejas, ¿qué sabe el pueblo si existen realmente tales propósitos en el ánimo del rey? ¿Es acaso la primera vez que se habla del liberalismo palatino, mientras se estaban celebrando autos inquisitoriales en toda España? Y además, ¿qué significa la palabra de un monarca, si en España no es libre para el ejercicio del derecho constitucional? «Dos cosas hay—decía Alfonso XII—en las que no he de ceder, aunque me vaya en ello la corona: suprimir la libertad religiosa y casarme contra mi voluntad.» Rafael Gasset, en cierto notable artículo laudatorio para la exreina regente, preguntaba después de citar ciertos hechos: «¿Podemos decir que la reina ha elegido libremente sus gobernantes?» Del poder del monarca nos da idea esta frase del propio exministro: «La reina influyó cuanto le fué dable para lograr el imperio de la moralidad.» Y si hizo todo lo que le fué dable, la moralidad reinante es la medida inversa del poder.

Pero hay otro hecho más significativo y pasado ya á la historia. Acababa de firmar la reina Isabel el Concordato de 1851, muy contra su voluntad, y apenas firmado, escribió al Papa pidiéndole perdón y prometiéndole emplear todo su celo y autoridad para contrahacerlo en todo aquello que disgustaba á Roma. La experiencia de cincuenta años ha confirmado la inutilidad de la firma en todo lo que era ventajoso para la nación, y la eficacia de aquel voto secreto hecho al Papa. ¡Y no andaba por palacio el P. Coloma con su monserga de la reserva mental!

Cuando la madre de la soberana ha de salir del palacio para sus rezos culturales, con asombro de todo el mundo y seguramente con gran dolor de su

verno; cuando el pueblo español no es capaz de hacer que el rey tenga la libertad de ciudadanía concedida al pastor y al carbonero, de poder establecer en su alcoba los oratorios que se antoje á la familia, ¿qué valor podemos dar á las palabras del Sr. Canalejas?

¿No se murmura en el universo mundo que él es poder, gracias á la reserva mental de servir de puente á otros poderes?

Entonces ¿á que hablar de propósitos reales, ni hacer ofrecimientos que no está en su mano cumplir?

## Y dale con las "Hojitas"

Necesitaría todas las páginas de EL MOTIN, si hubiese de copiar los femeninos insultos y las graciosas majaderías que me dirigen los periódicos de la Buena Prensa con motivo de la publicación de las *Hojitas piadosas*. No lo harían seguramente si sospecharan el regocijo con que los leo.

Los últimos que he saboreado, son los de *El Siglo Futuro*, que viene bueno, pero bueno. Después de afirmar en la forma peculiar suya, que las *Hojitas* son más y de un cura renegado, y de recordar á sus lectores que salvé á Morral (acto de que cada día estoy más orgulloso), se descuelga con esto:

«Sean de quien fueren esas *Hojitas* con hoja, son en su forma como en su fondo, dignas de ser recibidas á salivazos, aunque es más eficaz la cerilla. Se titulan *Hojitas piadosas*, traen grabadito á la cabeza y son cuartillas dobladas.

«Alerta, pues, y desde hoy más, no flemos en títulos, ni apariencias. No serían hijos del Padre de la mentira los caballeros venerables que á la mentira recurren para engañar. ¡Qué armas más nobles las del progreso del canallismo!»

¡Divino!... ¡Magnífico!... Sobre todo lo de la cerilla... ¿Qué más quisiera yo sino que á los clericales les diera por comprar *Hojitas* para proporcionarse el placer de quemarlas? Las tiraría por millones, mientras que ahora tengo que contentarme con hacer sólo miserables ediciones de cien mil. Verdad es que de algunas hago cuatro y cinco, y eso que todavía no he publicado ninguna *Hojita* de las importantísimas que guardo en cartera.

El día que las publique será ella. Se agotarán diez ó doce ediciones, y los integristas serán los más interesados en divulgarlas.

Voy á citarle á *El Siglo Futuro* los títulos de algunas de ellas, para que los vaya saboreando:

—*El viejo enamorado, ó aventuras de un integrista en el teatro Lara.*

—*El traidor eterno.*

—*La religiosa y la caza de novia.*

—*Un barco sin quilla.*

—*El confesor que se escapa con la baronesa.*

—*Un jefe integrista cornamentado.*

—*La criada que se tira por el balcón.*

—*El clerófobo rapavelas.*

—*Don Paco, Paquita y el Padre director.*

Etcétera, etc.

Tengo la seguridad de que, conforme vayan saliendo las *Hojitas* de esa serie, los integristas se encargarán de propagarlas por toda España.

Por si quisieran hacerlo desde luego, para ir preparando la opinión, á continuación les indico los precios á que todas se venden:

100 *Hojitas*, sesenta y cinco céntimos.

1.000, cinco pesetas.

A los integristas el cinco por ciento de rebaja en los pedidos que excedan de 10.000.

Y á los obispos el diez, porque indudablemente serán los que más *Hojitas* consuman de esa serie, para que se enteren sus diocesanos de las virtudes que adornaron y á adornan á los cabezas visibles del integrismo, colección de hipócritas, farsantes y vividores que jamás creyeron en nada sino en aquello que se enderezaba directamente á su provecho, y que tomaron siempre la Iglesia como pretexto para satisfacer sus ambiciones, ó como tapadera para sus inmoralidades.

## El "Vivillo" es católico fervoroso

Así lo ha declarado solemnemente. Ha hecho á Dios partícipe y cómplice de sus obras, compañero suyo inseparable, y providencia auxiliadora en sus apuros, inspirador de sus planes y fin supremo de sus acciones.

Merecía ser católico si no lo fuera.

A ver si al fin resulta que es profeso de la Compañía de Jesús ó cardenal de la santa Iglesia...

Y luego santo, entre San Dimas y San Juan Tenorio.

*Nota importante:*

El clericalismo está plagado de *Vivillos*.

## Los escándalos de Gerona

*Para los señores ministros de Gobernación y Gracia y Justicia*

Es muy posible, excelentísimos señores, que á pesar de haber rodado el caso por toda la prensa española no se hayan enterado sus excelencias de los escándalos y atropellos que una honrada familia de Gerona sufre por parte de los clericales, capitaneados por un juez, que les sirve incondicionalmente de instrumento, usurpando atribuciones y prerrogativas al gobernador de aquella provincia, sin que hasta la sazón se le haya puesto coto en sus demasías.

El hecho causa del conflicto es muy sencillo. La familia Marrull posee en la Rambla Alvarez de Gerona un kiosko de periódicos, y en uso de su perfecto derecho, puso á la venta un libro titulado *El tormento en los conventos*, que



no es ninguna novela, como parece indicar su portada, sino un estudio concienzudo, un análisis escrupuloso y documentado de las reglas y constituciones de las Ordenes religiosas, desconocidas en absoluto por el vulgo, los políticos y aun por la mayoría de los eclesiásticos, con exposición de textos abrumadores y hechos públicos y notorios; todo lo cual tiende a demostrar y demuestra que en los conventos se practica el tormento y hasta se impone la pena de muerte, con la complicidad del Estado, que tolera en su seno tales asociaciones. Si en las Cámaras se leyese este libro, no quedaría un diputado ni senador que no pidiera á gritos la expulsión de las Ordenes religiosas; si el Sr. Canalejas leyera esta obra, se haría inexpugnable á todos los ataques de la reacción; si sus excelencias la meditasen, se quedarían asombrados. Ahí la tiene el librero Beltrán (Príncipe, 16) para ilustración de ciegos voluntarios.

Para anunciar esta obra la familia Marrull expuso un cartel que ha circulado y que circula por toda España sin que ningún gobernador, ni entidad alguna haya protestado de él; pero en Gerona no fué así. Los clericales al ver el cartel cayeron con furia sobre el kiosko intentando destruirlo y quemarlo. A los gritos de socorro y auxilio de una chica, que era la vendedora, acudió gente, y el gobernador se vió precisado á mandar números de la guardia civil para que custodiasen el kiosko. Pero la cosa llegó á más; el juez de primera instancia de Gerona, D. Ramón Carrera y Fernando, clerical hasta la médula, se presentó en el kiosko exigiendo airadamente se retirase el cartel, y amenazando con hacer y acontecer. La familia Marrull se quejó al gobernador de la oficiosidad del Sr. Carrera, el cual fué amonestado por el gobernador por meterse en lo que no era de su incumbencia. El citado juez negó, se disculpó como pudo, y al día siguiente mandó al kiosko de la familia Marrull al alguacil del juzgado, el cual gritó y se incautó del cartel anunciador, citándoles de palabra á comparecer en el juzgado, sin decirles por qué, ni para qué, pues el Sr. Carrera por lo visto está dispensado de cumplir lo que ordena la ley de Enjuiciamiento civil. Ahora este señor ha pasado la denuncia al juzgado municipal y trata de imponer á la viuda de Marrull 25 pesetas de multa y las costas de un juicio de faltas, por exponer al público anuncios tan demoleedores. Los clericales de Gerona esperaban que la señora viuda de Marrull sería condenada á la hoguera ó á la horca; pero el señor Carrera no se ha atrevido á tanto por ahora; todo se andará.

Pero dirán los excelencias, ¿qué demonios contenía ese dichoso cartel? Pues una tontería; una escena de flagelación monjil, el más inocente de los tormentos usados entre las esposas del Señor. Las Reglas monásticas preceptúan que se desnude á la víctima, el dibujante no se atrevió á tanto y la presentó sólo con el pecho descubierto; un poco más suelen llevarlo las señoras al Real ó á los banquetes de la nunciatura. Espanta el pensar lo que hubiera pasado si le ocurre reproducir los cuadros religiosos que representan á Cristo casándose con Santa Catalina de Sena, ó á San Bernardo chupando con fruición un pecho de la Virgen María...

El señor gobernador de Gerona algo ha hecho para no quedar humillado, y no ha desamparado en absoluto á la familia Marrull, aunque los buenos liberales esperaban de él más arranque y energía ante las intromisiones oficiosas de un juez en el campo de su jurisdicción y autoridad. Pero hay que reconocer que la victoria definitiva ha sido para el clericalismo, encarnado en el señor Carrera y Fernando, que desde su juzgado de primera instancia es el que gobierna á Gerona para mayor gloria de Dios, á despecho de la opinión liberal de aquella ciudad, que ha visto que el cartel ha sido retirado, que el libro nadie osa comprarle, y que la reacción pone cerco al palacio del gobernador, haciendo pasar por *inmoral* lo que sólo es *antimonástico*.

Los liberales de Gerona piensan presentarse ante el gobernador con una buena colección de carteles anunciadores de la obra *El tormento en los conventos*, carteles que serán repartidos por toda la ciudad. ¿Les negará el gobernador el permiso para su fijación en calles y plazas, como lo hacen temer los rumores que corren, ó volverá por los fueros de conciencia hollada ante sus barbas por el juez Carrera?... Pronto hemos de verlo.

Y he llamado la atención de Sus Excelencias por si hubiera méritos para hacer alguna amonestación, que sí lo hay, y para que el señor ministro de la Gobernación se fije si el tirón que da Canalejas en Madrid repercute en Gerona; y para que el señor ministro de Gracia y Justicia tome nota del señor Carrera y lo eleve á fiscal del Supremo, ó le haga arzobispo de Toledo, por que se lo merece por el celo desplegado en pro de la religión de nuestros padres.

FRAY GERUNDIO

## Celo reaccionario

Florencio Eguren publicó en Eibar una Hoja suelta contra los clericales, con trabajos tomados de varios periódicos, y que ninguno había sido denunciado.

Y á los dos meses, y por denuncia del fiscal de San Sebastián, ha sido procesado.

La táctica está conocida.

Denunciando periódicos, los fiscales ponen en ridículo al Gobierno, pues es como decirle á la opinión:

«¿Lo veis? No hay más remedio que combatir al anticlericalismo. Lo mismo lo hacen los demócratas que lo hacían los conservadores.»

Y de este modo se va solapadamente á la justificación de los procedimientos de Maura.

Los jueces absuelven luego á los autores de los escritos, pero el efecto se ha producido, el escándalo se ha dado.

Señor Canalejas:

Ataje usted el furor clerical de ciertos fiscales, que están de corazón con Roma. Deje usted en libertad completa á la prensa y ella sola se bastará y se sobrá para acabar con la reacción.

De lo contrario le van á venir á usted por ese lado grandes dificultades.

## La acción campesina

En los mitins celebrados después de las elecciones y en los periódicos de estas últimas semanas, se ha estado diciendo y repitiendo que es necesario trabajar el pueblo de las aldeas, villas y lugares, en los cuales está atrincherado el monarquismo clerical. Esto mismo viene encareciendo EL MOTÍN desde hace tiempo, buscando al propio tiempo el modo más eficaz de llevar á inmediata práctica estos buenos propósitos.

Están pasando los días y las semanas: ¿y qué se ha hecho en concreto para satisfacer esta urgentísima necesidad? Creemos que nada. Dentro de unos días se abrirán las Cortes, que consumirán toda la actividad de los diputados, quienes, aun agotándose, extenuándose y repartiéndose el trabajo lo mejor posible, es difícil que puedan llenar cumplidamente la misión que en estos momentos críticos les incumbe. La atención pública quedará distraída de aquel objeto; vendrán las vacaciones, los veraneos, el descanso de los diputados, las nuevas Cortes de otoño, nuevas distracciones y... en la campaña no se habrá hecho nada.

Previendo la imposibilidad de que los diputados puedan atender á todas las necesidades de la propaganda, de las cuales la apuntada es una no más, por esto EL MOTÍN ha reclamado la urgencia de crear un directorio que asuma la dirección y organización de las diversas acciones que es preciso emprender; y por lo que á él atañe particularmente, ha propuesto la organización anticlerical, que se va formando más lentamente de lo que fuera de desear. Y para hacer inmediatamente algo práctico, ha adoptado la publicación de las *Hojas*, que se prestan al asalto de las posiciones enemigas y á una propaganda móvil, fácil y barata, cuya eficacia prueban los enemigos con sus ataques.

Pero no basta esto; es preciso más, mucho más. Es preciso tomar acuerdos que unifiquen las fuerzas esparramadas y bastantes numerosas para ocupar todas las posiciones, y que se enervan en el ocio.

¿Es que el partido republicano es incapaz de llegar á una inteligencia formal acerca de este punto? Hay más de 300 distritos abandonados totalmente al enemigo, y hay más de 300 jóvenes bulliciosos que sienten el hervor de las ideas en su cerebro y el hervor del entusiasmo en el corazón, y que viven en el ocio por falta de campo asignado.

¿No hay modo de combinar estas energías con aquellas necesidades?

## Crónica obrera

### La coacción

Los telegramas de la prensa diaria hablan de una huelga de descargadores y cargadores de carbón mineral de Las Palmas; refieren que veintitún huelguistas fueron presos por coacción, y nos cuentan que la población entera está indignada contra los huelguistas.

Hace unos meses estos obreros pidieron mayor salario, y entonces, y con las simpatías de esta misma opinión, que al decir de los corresponsales les



es hoy adversa, lograron sus anhelos. Mediante una huelga de no larga duración aumentaron el precio con que se paga su bestial faena.

Pero como este aumento salía del bolsillo de sus patronos, mermaba las siempre crecidas ganancias de aquellos respetables señores, y como los obreros habían logrado su anhelo por su unión inquebrantable, los patronos, para recuperar lo perdido y también para evitar nuevas peticiones de mejoras, pensaron que había que destruir la organización.

Para reclutar el personal necesario á las faenas de carga y descarga, los patronos se entendían con las sociedades obreras, y no les iba mal. Pero esta costumbre—excelente mientras las organizaciones sólo servían como oficinas de reclutamiento donde á todas horas podía encontrarse obreros—tenía el peligro de mantener unidos á los descargadores.

¿Cómo evitar este riesgo y deshacer la unidad? Pues estableciendo oficinas patronales donde forzosamente habían de ir si querían trabajar en la carga y descarga.

Estaban los patronos en su derecho estableciéndolas; han estado en el suyo los obreros no acudiendo á ellas en demanda de trabajo, y de ahí la huelga.

¿Puede hecho tan sencillo indignar á la población toda? Por desgracia no suele ser la prensa fiel reflejo de la verdad, ni los corresponsales merecen todo nuestro crédito, porque es difícil encontrar uno tan limpio de pasiones y de egoísmos, tan independiente de carácter, que limite su cometido á ser exacto narrador de hechos.

Queda la coacción, que llevó á la cárcel á veintitún hombres. Veamos en qué puede haber consistido ésta.

Es seguro que el resultado de las oficinas patronales ha sido nulo; mas no tanto que dejara de acudir á ellas algún que otro obrero.

Lo demás es sencillo. Unos huelguistas que reconviene á los suicidas que traicionan su propia causa, y las autoridades que por este delito prenden á diestro y siniestro.

Es grave delito la coacción, porque va en menoscabo de uno de los más preciados bienes del hombre, cual es la libertad, y lo más curioso de este delito es que sólo los obreros le cometen; lo prueba el hecho de que sólo á éstos se los encarcele, procese y condene por incurrir en él, y jamás á los patronos.

Un rico, como un pobre, puede ser ladrón, homicida, falsificador; lo mismo el hombre de buena posición que aquel cuya situación es precaria pueden caer en todos los crímenes y delitos que el Código castiga. ¡Sólo la coacción es delito de pobres, de obreros!

Los dueños de una fábrica de sombreros de Játiba despidiendo operarios porque se niegan á votar y á trabajar por el candidato monárquico, no cometen coacción.

El gerente del ferrocarril de Langreo despidiendo al presidente y al secretario de una sociedad naciente de los obreros de este ferrocarril, y amenazando con adoptar igual medida con aquellos que persistan en estar asociados, tampoco comete coacción.

Pero si yo, huelguista, me acero á un esquírol y afeo su conducta, y trato de hacerle ver el mal que causa á todos y

se causa á sí mismo, cometo coacción.

Y si irritado por la maldad ó la baja del esquírol me propuso á sacudir algún moquete, la coacción es grave y no habrá poder humano que me libre de ir á la cárcel atado codo con codo, ni que sobre mí caiga la indignación de ciertos periódicos y de ciertos corresponsales...

Sin duda discurrimos torpemente los que vemos coacción, y grave y cobarde, en ciertas resoluciones y presiones de los de arriba. ¿Dejarían los tribunales de justicia impune tal delito si existiera? De haber atentado contra la libertad de sufragio, y contra el derecho de asociación en las resoluciones del sombrero y del gerente del ferrocarril, ¿no estarían ya en las cárceles respectivas ó empapelados estos dos señores, cual lo están los veintitún obreros de Las Palmas?

J. J. MORATO

## Don Jaime y el Concordato

Hasta el hijo de D. Carlos ridiculiza la timidez del gobierno demócrata.

Hablando de los planes de éste, ha dicho que «él iría mucho más allá.»

Esta actitud del pretendiente parece que no ha merecido la aprobación de Vázquez Mella.

¡Mella! ¿El que años atrás pedía la supresión del presupuesto de culto y clero?...

¿Qué ha pasado por Mella? ¿Está acaso presupuestado para el papel que representa?

¡Quién sabe! En los fantasmones como él, todo es posible.

## Contra-Hojitas

*La Verdad*, de Soria, pone en la piqueta varios párrafos de unas Hojas clericales que reparte el abad de la Colegiata, un señor muy comedido, muy prudente, muy bueno, pero que tuvo la desgracia de ser condenado á destierro por injurias, en virtud de sentencia firme de un tribunal en que el presidente era muy devoto.

Los párrafos á que *La Verdad* alude son estos:

«¿Sois malos? ¿Sois inicuos? ¿Sois crueles? ¿Sois blasfemos? ¿Sois enemigos de la patria? ¿Sois masones? ¿Sois traidores? ¿Sois amigos de traidores?»

«¿Pues entonces, id á los anticlericales! ¡Ese es vuestro puesto! ¡Colocaos en sus filas! ¡Votad la ley de asociaciones! ¡Apoyadla! ¡Aplaudidla! ¡Sostened á los que la presentan!»

Otro que no fuese yo, probablemente parodiaría los párrafos de este modo:

«¿Sois estúpidos, mamarrachos, fanáticos, hipócritas, fariseos, impíos con cara de beatos, ladrones con facha de usureros, regicidas, iadrones y embusteros con nombre de jesuitas; corruptores, violadores, estupradores, concubnarios, adúlteros, incestuosos y sodomitas vestidos de frailes; holgazanes, pí-

llastres, bandidos, marranos, marrulleros, traidores, tunantes, farsantes, bellacos y follones, con capuchón y escapularios...? Id á los clericales: allí encontraréis á vuestros semejantes.»

Mas sabiendo que ninguno de esos calificativos los produciría efecto alguno, por las veces que á sus solas se los han aplicado ellos mismos, voy á decirles algo que les llame la atención, por no haber creído que nadie se lo pudiera decir nunca, ni aun en broma:

«Honrados, decentes, dignos, caballeros...»

## EL FRAILE CONTRA EL MENDIGO

El pobre que pide limosna será una calamidad y prueba fehaciente de otra, el pauperismo; no deja por eso de ser un español digno de lástima en su desgracia y también un contribuyente aunque parásito, y no es paradoja; que si no produce con su trabajo, para el que es inútil, consume, y consumiendo tributa.

Existen mendigos por vocación, no en verdad todos ni la mayoría, que se compone de verdaderos desdichados, á quienes la viciosa organización social, obra del catolicismo, ha puesto en el dilema de mendigar en una ú otra forma, ó morir de hambre.

Esos merecen todas las consideraciones de la caridad y del humanitarismo. Los ciegos, tullidos, lisiados, viejos, débiles ó por cualquier otro defecto natural incapaces para buscarse la vida, son otros tantos acreedores de la sociedad que les defrauda un derecho, el de vivir, el de lo necesario. Nadie, ha dicho un pensador obispo, tiene derecho á lo superfluo mientras quede uno que sin culpa suya carezca de lo necesario.

¡El Asilo! Pero, ¿es que dentro de los pocos y malos que tenemos caben todos los que están en el caso de ocuparlos? El Asilo, por otra parte, es aquí una cárcel, peor que los mismos presidios; se entra en él á costa de bajezas para conseguir influencias, y la vida no es allí vida, sino muerte con movimiento. ¿Quién pretenderá en justicia, que es obligatoria una cárcel á los que no han delinquido? Que mañana se den por obligados á encerrarse allí los pobres todos y veremos el conflicto que surge; ni la centésima parte cabrían. Luego el Estado, luego la Sociedad, determinan ese dilema; ó mendigar ó morir, en virtud de una usurpación, no por anónima y general, menos inícuo. En definitiva, el asilado aquí se llama hermana de la caridad, administrador, empleado en las oficinas, director, contratista y capellán; para esos se han hecho los Asilos; esos únicamente viven bien bajo su techo.

Se ha prohibido la mendicidad, todas las veces sin éxito, porque no se ha sabido ó querido extirpar la causa. Prohibir el uso del agua y no suprimir la sed, habría sido menos absurdo. El mendigo, es lógico, no se hace á sí mismo, lo hace el Estado. De ahí su derecho á existir; ó se quiere variar los términos del dilema convirtiéndolo en este otro: ¿morir ó robar? Parece que si, á juzgar por la fortuna, la impunidad y el alto prestigio de que disfrutaban los grandes ladrones.



Ergo el mendigo es la calamidad menos deshonrosa ó más honrada; pide, á nadie obliga, no roba y paga por consumos. Comparado con esas olímpicas entidades que tampoco producen pero también piden hasta con imperio, y encima defraudan á la Hacienda, al particular, á la Iglesia, á la Administración, al municipio... á todo y á todos los que pueden, el mendigo es casi un ciudadano honorable, un santo.

Concedido que se le llame un mal; lo que no se sabe es cómo calificar al hombre ó á la mujer que sanos, robustos, aptos para el trabajo y la producción se niegan á cumplir esa ley divina, y porque les place dedicarse á orar, ó parecer santos, ejercen á todo trapo la mendicidad para conseguir una existencia regalada.

España es un pueblo donde abundan como en ningún otro los pordioseros y los ladrones; aquí mendiga la señora de puerta en puerta, lo mismo que el cofrade, el santón de beneficencia y el mismo Estado.

Esos pueden alegar, sin embargo, que no piden para ellos, sino por caridad hacia otros. Verdadera ó falsa, es una razón.

El mendigo monástico no puede alegarla; pide siempre sólo para él; para él, que puede trabajar, pero no quiere. Esa es su diferencia respecto del mendigo seglar que acaso querría el trabajo, pero que no se lo permite la naturaleza, ó la sociedad no se lo proporciona.

En lo que se parecen es en el fin; ambos pordiosean para pasar la vida, el mendigo en la escasez, el fraile en la abundancia; aquél aún suele dar hijos á la patria, carne de cuartel, de obrador ó de lo que fuere; pero carne aprovechable; éste, el monje, ni aún eso; no produce nada, y si algo funda con el rendimiento de su mendicidad, es una explotación de los demás, un perjuicio para el trabajo y para el comercio.

¿Y á qué industrial perjudica el mendigo? ¿A qué maestro, sacerdote ú obreiro? A ninguno; le basta con el pan y el vino del día. El fraile, empero, perjudica á todos, incluso al mendigo mismo, y es además insaciable; no sólo pide para hoy sino para mañana también; pide para vivir y para enriquecerse, y cuanto más rico, más pedigueño.

Si estas diferencias fueran poco irritantes, ahí van las que podemos ver entre los medios respectivos de mendigar.

Arrostra el pordiosero la enemiga de las autoridades, la del vulgo proveniente contra él y otros muchos obstáculos. Si traspasa los umbrales de un portal, sale el portero y duramente le impide subir á los pisos, lo echa de mala manera y lo denuncia.

El fraile y la monja se ven protegidos por todo el que manda y representa alguna fuerza. Los porteros les abren ellos mismos las vidrieras haciéndoles reverencias, y en los domicilios nadie se atreve á darles limosnas exiguas. A un pobre cinco céntimos ó un mendrugito; á una beata, ¡qué menos que una peseta ó suscribirse en el número de los donantes á período fijo! ¡Ah! y muchas cortesías: «perdone, madre, ya daremos otra vez algo más. ¡Pobrecitas!»

Sin contar con que desde la duquesa á la tendera enriquecida, se ofrecen á mendigar entre sus amigos para que á las madres nada les falte. ¡Son tan buenas!

Y todo el que hace un testamento les deja algo: lo que antes se dejaba á los pobres; la real intendencia les dedica la mayor parte de lo que las regias personas destinan á socorrer pobres; siempre que por algún acontecimiento, se consigna una cantidad para los necesitados, las monjas y los frailes se llevan las tres cuartas partes.

Y luego mucho perseguir la mendicidad. La del pobre de veras, la del español lisiado, viejo ó enfermo, la del indigente que tal vez dejó en la miseria el Estado mismo con su crueldad y sus gravámenes, esa es la perseguida. La del monacal extranjero, rico, improductivo, gandul, traidor á la patria, insaciable, sibarita y explotador del pobre, cuya sangre chupa, esa mendicidad es un derecho amparado por todos los maüssers de la nación.

Se comprende que al ver pasar un fraile ó una monja, todos los mendigos blasfemen: lo que no se concibe es cómo se contentan sólo con las blasfemias y los dicterios.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## Obispos y frailes

Para Cristóbal de Castro.

El culto escritor ha publicado un artículo, desmintiendo al cardenal Aguirre acerca del deseo atribuido á los obispos sobre la conservación de frailes y monjas.

A los muchos argumentos que invoca, puede añadir otro de definitivo valor: las trifulcas que continuamente sostuvieron los obispos de todo el mundo contra las exenciones de frailes y monjas.

Desentierre esos expedientes el compañero, y verá lo que es bueno.

## Abnegación clerical

¡Vaya una circular sablazo que ha largado á sus feligreses el parroquidermo del Mercadal (Gerona) para sacarles diez mil pesetejas, con destino á la construcción de una capilla!

A fin de conmoverlos les suelta este parrafito:

«Apenas nacidos, fuistéis llevados aquí y lavados de la culpa original, por medio de las aguas regeneradoras del bautismo; más tarde, cuando el lodo del pecado actual empañó vuestra alma, en el Jordán de la Penitencia hallastéis vuestra salvación, recobrando la gracia perdida: aquí ante el altar santo sellastéis vuestros amores desposándoos en lazo indisoluble por el sacramento del matrimonio, y finalmente, aquí en la iglesia parroquial han sido llevados los cuerpos de vuestros mayores, los de vuestros hijos, hermanos, esposos, cuando la guadaña de la muerte segó su existencia, para recibir las preeces de sufragio que la iglesia, amorosa madre, les dirige por medio de sus ministros. Embellecedla y sublimadla para que ocupe el primer puesto entre los edificios del Mercadal como la iglesia Cate-

dral domina entre todos los de la ciudad.»

Lo que se calla prudentemente el amigo, es que por todos esos servicios (suponiendo que lo fueran), tuvieron que rascarse el bolsillo los feligreses, ni más ni menos que si hubieran ido á comprar patatas.

Pero no es esto lo más gracioso, sino que firman también la circular los señores siguientes:

Juan Perramón Rodó, propietario. Francisco de P. Massa, abogado. Modesto Furest, médico. Juan Cruañas, propietario. Luis de Llobet, farmacéutico. Esteban Riera, propietario. Federico Trigás, Pbro. Tesorero. José Bosch, abogado. Juan Tusell, Pbro. Secretario.

¡Bondadosos y desinteresados señores! Pudiendo acaparar para ellos solos todas las gangas espirituales que se alcanzan dando las diez mil pesetas, prefieren que las alcancen y disfruten los demás.

Merecían que los demás, rivalizando con ellos en abnegación, no dieran ni una peseta, y les dejasen íntegro el disfrute de esas gangas, para que nadie supusiese que eran unos pelambres aburridos, cuando entre todos no pueden reunir las diez mil pesetas porque suspira el pobrecito párroco.

## Republicanos sin mácula

Los vecinos de Carlet se separan á bandadas del clericalismo.

Ahora han dirigido al arzobispo de Valencia una instancia (la segunda) que firman *setenta y seis*, concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia:

Los que suscriben, vecinos de Carlet, mayores de edad, á V. E. como mejor hubiera lugar exponen: Que en uso del derecho que la Constitución del Estado les concede, de su libre y espontánea voluntad se separan de la Secta Religiosa, Católica, Apostólica Romana que en esta Diócesis V. E. rige y preside, y en la cual fueron alistados apenas nacidos y cuando carecían por consiguiente de toda conciencia y responsabilidad.

Por lo tanto á V. E. suplican. Se digne disponer que sean dados de baja definitivamente en el padrón parroquial á los efectos legales, por ser de justicia que piden y juran.

Carlet (Valencia) 30 de Mayo de 1910.»

El Pueblo de Valencia aplaude la entereza espartana de sus bravos correligionarios de Carlet, y la ofrece á todos los republicanos como ejemplo digno de imitación, sin reparo alguno de herir á los hipócritas que tienen un pie en la Iglesia y otro en el club, que van á confesar por la mañana y á cenarse los frailes crudos en el mitin por la noche; que explotan el sufragio de los republicanos y hasta los cargos retribuidos que les confieren y llevan sus hijos á los internados y colegios de jesuitas, escolapios, maristas, agustinos ó franciscanos, y sus hijas á los regidos por monjas y hermanas.



Uno mi aplauso al de *El Pueblo* y declaro que, pese á la opinión de Sol y Ortega, Nougues, Azcárate, Labra y otros personajes de menor cuantía, el partido republicano no se pondrá en condiciones de cumplir la gran misión que le compete, mientras no sea completamente anticlerical.

Republicano que acata á la Iglesia, ó con ella transige, ó engaña á la Iglesia ó engaña á la República.

## A los de Navalmoral

No toméis tan por lo trágico, queridos amigos, la deserción de ese desdichado que, después de alardear de anticlerical rabioso, se ha pasado al catolicismo.

Como véis, ni quiero estampar su nombre en *EL MOTÍN*; sacaría partido de ello para pasar por víctima y exigir á los clericales cinco céntimos más para ayuda de un panecillo.

¡Pobre hombre! Merece lástima, no indignación. Todo el que apostata de la libertad, es porque se considera un miserable.

Y mientras más combata después á sus antiguos amigos, más.

Y mientras más provecho saque de su venta, más descontento de sí mismo estará á sus solas.

Sentirse canalla, debe ser el peor de los tormentos para todo hombre.

Aun para el indigno.

## LA CIENCIA FRENTE AL DOGMA

El deber de ser implacables en la lucha

El juez del liberal es la conciencia.

Debemos estrechar los lazos de amistad que nos unen; hacernos apóstoles de la grande y noble causa que servimos, la de la sana razón, la de la libertad de los espíritus, la de la solidaridad humana; debemos acoger con bondad á los que se nos aproximan, sea para instruirse, sea para discutir nuestras ideas, y ser tolerantes, tanto para los unos como para los otros.

No debemos repudiar, sin exámen, ninguna idea, cualquiera que fuere; al contrario, debemos aceptar la libre discusión de todas las opiniones.

A los que nos pregunten: «¿En qué creen ustedes, si no tienen religión?», contestaremos: «No sentimos necesidad de creer en lo sobrenatural; admitimos todo lo que el sentido común no reprueba, todo lo que la ciencia puede demostrar; pero como la ciencia tiene enemigos irreductibles que quieren hacernos esclavos de la mentira, nosotros, los librepensadores, combatiremos en todas las circunstancias y en todas partes el error, la superstición, la hipocresía y la mentira.

Queremos al hombre más libre, más digno, mejor; que se eleve por el pensamiento y por las cualidades del corazón, que esté animado por el amor de lo verdadero y lo justo, que se inspire en los principios de igualdad y de fra-

ternidad que encaminarán á la humanidad hacia un porvenir espléndido.

Un punto importante, primordial, hacia el cual debemos orientar nuestros esfuerzos, es la enseñanza primaria, ya que contra ella libran los clérigos los asaltos más tenaces, más feroces.

Si la clase laboriosa hace por sustraerse, por la instrucción, á la esclavitud intelectual en que la tiene la reacción, el pueblo juzgará las doctrinas, y se convencerá bien pronto de la inepticia de los dogmas y de que todos están plagados de errores.

La escuela moderna, es decir, la escuela en que se enseña la ciencia, libre de toda idea religiosa, será nuestro triunfo de mañana. Es inadmisibles enseñar á la vez, por una parte, que la tierra gira alrededor del sol, según la ciencia, y que el sol gira alrededor de la tierra, según la Biblia.

Pero la lucha no será fácil, pues los apóstoles de la intolerancia no se desarmarán nunca voluntariamente. Donde son los dueños, su insaciable sed de dominación se manifiesta por las violencias más desenfrenadas, más crueles, más monstruosas. Testimonio, el acto odioso, cínico, que acaba de perpetrarse en España. El martirio de Ferrer nos impone la obligación de trabajar sin descanso en elevar el nivel intelectual del pueblo.

Nada de abatirnos por las intrigas odiosas de nuestros adversarios, y prosigamos nuestra misión con la calma del hombre penetrado de la dignidad, de la nobleza de su deber. No nos importen los gritos y las amenazas de los fanáticos: *Los perros ladran, pero la caravana pasa.*

Que el recuerdo de los que nos precedieron en la vida, que lucharon, que sufrieron para prepararnos el camino, nos sostenga en nuestros comunes esfuerzos; que cada uno de nosotros dé ejemplo de abnegación y desinterés.

Seamos severos para nosotros mismos, generosos para los otros. Sepamos despojarnos de todo pensamiento egoísta, que nuestros sentimientos de amistad se extiendan á todos nuestros semejantes, y que todos nuestros actos tiendan á acercarnos á los hombres. Hagamos el bien por el amor del bien, sin ostentación, sin ambición personal. No es necesario que el hombre sea virtuoso por temor al enojo celeste, no; es necesario que lo sea por convicción.

Nosotros, los libres pensadores, no tenemos temores quiméricos, pero tenemos en nosotros un consejero implacable, un juez severo, implacable: la Conciencia.

VANDER MIEREN

## A LOS CATÓLICOS DE ALMERIA

«Se les ruega:

1.º Que depositen en los *Buzones de la Prensa Sana* (puestos en el Palacio Episcopal, en la Compañía de María y en el Cancel de Sto. Domingo) las *Hojitas piadosas* que tengan, para públicamente quemarlas ó destruirlas.

2.º Que quien reciba alguna la *ropa y haga pedazos* á vista del que las reparte.

3.º Que si pueden tomen las señas ó sigan para ver donde se recoje, ó habi-

ta, el *joven bien portado*, que las reparte y se procurará llevarlo á los tribunales por infringir la ley.

Todos ayuden á estirpar *ese cancer* de las *Hojitas*, escritas por discípulos de Ferrer, Morral, de *EL MOTÍN* y de *del País*, ayudados de la masonería.

La Juventud Católica Española de Almería se ofrece á perseguir por su cuenta en los tribunales á esos propagadores de errores insensatos y de asquerosa blasfemia y lujuria que atesoran las *tales Hojitas*, con tal que les den datos ciertos de los propagadores y repartidores.

A esos lobos hay que atarlos cortos y lo haremos con el favor divino.»

Esto leo en un papel titulado *El Eco Social*, y esto me impulsa á decir á los anticlericales:

Desde hoy menudearán las *Hojitas piadosas*, para que todos los invertidos de la Juventud Católica de Almería y de toda España, tomen, siguiendo su costumbre, por donde quieran.

Lo gracioso en esa tropa degenerada y degradada, es que digan que cuentan con el *favor divino* y hablen de acudir á los tribunales. ¡Já, já, já!

En fin, que la cosa se anima, y si los anticlericales siguen respondiendo á esta propaganda, barreremos ahora esa basura moral, intelectual y material.

Jehová necesitó apelar al fuego para acabar en Sodoma con los clericales de los tiempos bíblicos.

*EL MOTÍN* acabará con los actuales sepultándolos ¡ay! bajo un montón ¡papel de *Hojitas piadosas*!

A nuevos tiempos costumbres nuevas.

## NOTAS DEL CAMPO

Habla el médico de un pueblo:

—De X (una aldea que dista tres leguas) me llamaron para visitar á un niño. Llegué reventado por el infernal camino y vi al enfermo que se hallaba gravísimo. Receté y advertí la urgencia de que trajeran el remedio.

Volví al día siguiente, encontrando peor al chico. Pregunté si había tomado bien las medicinas y me dijeron que sí. Advertí ciertas dudas al hablarles de unos sellos, interrogué *qué color tenían* y... ¡en fin!, me confesaron que no habían ido á la botica porque estaba muy lejos y el padre tenía que aprovechar el *tempero* de la tierra. Murió aquel día el niño por abandono y sin encontrar más que una persona que por él se interesase... Yo, que hice el *primo* andándome leguas para que no tomaran en cuenta mis indicaciones.

Hace pocos días unos vecinos me llamaron para otro chiquillo. Le encontré agonizante y me hizo el efecto de una merluza preparada para echarla en la sartén; le habían rebozado con mantea y pan rayado. Además le hicieron comer al angelito unas plantas machacadas, remedios ambos aconsejados por las comadres.

Tenía un cólico fuerte y le habían matado buenamente, con la agravante de que, por estar *iguales*, nada les costaba mi asistencia ni la botica, y que ni aun habían de molestarse para llamar-



me, pues me ven cincuenta veces al día pasar por delante de su casa.

Se ha quemado un muchachuelo. No se habla de otra cosa en el pueblo. Es el segundo que se le abrasa á esa madre, que afortunadamente no tiene más chicos que tostar.

El suceso ha ocurrido de un modo vulgar: dejaron al niño solo en la casa, se acercó á la lumbre, prendiéndose los vestidos y han encontrado un carbón. De un modo exacto que murió él anterior.

Tienen que hacerle la autopsia dos médicos, que entran en el pueblo entre los improprios de la gente.

—¡Mira el criminal! Más valía que le hicieran á él lo que haga con el chiquillo!

—¡Pa esto valen ustés, y pa cobrar la iguala!

No hay en el pueblo un local con luz suficiente para hacer la operación, ó más bien, nadie quiere cederlo. Se decide hacerla en medio de la calle. Después de mucho buscar se encuentra una mesa en donde se coloca el cadáver, una palangana para lavarse las manos, dos cántaros de agua y dos blusas de mujer que harán el oficio de tohalla.

Medio pueblo forma corro alrededor de los médicos que dan principio á la autopsia. Entre este medio pueblo están los padres del niño que se lamentan á gritos.

Los bisturís no cortan y alguien ofrece una navaja de afeitar que hace sus veces; la sierra tampoco anda muy lista y el cráneo opone resistencia á la herramienta. Un mudo, mocetón de grandes fuerzas, se presta á continuar aserrando y los médicos admiten su colaboración. La madre de la infeliz criatura chillaba con desesperación y otras mujeres lloran y gritan.

Uno de los doctores, el más joven, se dirige con energía al juez municipal:

—¡Esto es inaguantable! ¡Mande usted retirar á esta gente! ¡Por humanidad siquiera, que se lleven á esa mujer, que no debe presenciar esta escena macabra!

El juez le oye con calma y luego le responde:

—Siga usted su trabajo, que es uno en sus cosas sabe lo que tiene que hacer y nadie debe meterse en lo de los demás.

El médico hace un gesto de ira y desprecio. El otro más viejo, sonríe sabiamente. Sin duda lleva muchos años ejerciendo su cargo, y estas escenas rurales las conoce de antiguo.

La escuela rural. ¡Qué bonitas cosas se han dicho, se han escrito, se han proyectado y se han pensado sobre este asunto!

¡Los maestros rurales! ¡Pobre gente! Son los seres que me han inspirado más lástima en las aldeas.

Los campesinos miden el respeto hacia los señoritos por lo que saben ó suponen que ganan. De sobra conocen el sueldo miserable del maestro y le tratan con menosprecio.

¡Qué culpa tuvo el maestro de que en la Normal nada le enseñaran y en cambio le hablaran de mil ciencias distintas, y hasta le concedieran suficiencia oficial en ellas, formando de este modo una ridícula pedantería! ¡Qué culpa pudo tener en que sus padres le pusie-

ran un cuello almidonado y un traje remedador de la ropa señoril! ¡Qué culpa puede caberle en que el Estado le pague con un misero jornal que le impira adquirir libros ó ilustrarse!

Cuando en pueblos pequeños, me presentaron groseramente al maestro y con frases vehementes reprendí la falta de respetos á quien más debieran tenerse, noté claramente en el gesto tímido del profesor dos expresiones confusas; una de agradecimiento hacia mí y otra de temor por las consecuencias que sobre su debilidad pudiera tener posteriormente mi arranque.

Después á solas y convencidos de mi simpatía, ¡que de terribles confesiones, cuanta bilis guardada, cuánto sufrimiento disfrazado!

—¡Cobardes!—exclamaron algunos.

Y yo quisiera ver á los que tal dicen, sin bagaje intelectual para poder ganarse la vida, sin conocer oficio alguno manual, sin costumbre de un trabajo material, con educación de señorito y con ganancias de gañan, poseyendo tan solo un título que ata, un estómago que exige y una obligación penosa que cumplir.

JOSÉ ARAGÓN

(Continuará.)

## Las monjas venden la Madre de Cristo

Las clarisas de Medina del Campo han vendido una virgen milagrosa.

No sabemos si la habrán vendido á los judíos para que exploten sus milagros en algún cabaret de París.

¿Y el gobierno demócrata, ha tomado alguna determinación? ¿Pensará acaso acudir á la Santa Sede y al General de los dominicos para que le indiquen lo que debe hacer?

Está visto: la frailería va á dejar á España sin dinero, sin vergüenza y sin vírgenes.

## Venta de libros

Sigue en proporción ascendente, y me felicito de ello, porque así puedo dedicar su producto á la publicación de Folletos y Hojitas. Dejan tan poco de ganancia unos y otras, que me sería imposible sin esto seguir descatalogando á mi patria querida.

Como algunos libros se van agotando, he decidido hacer nuevas ediciones de los que más se venden, y anuncio por lo tanto que para el día 25 del actual habrá ejemplares de la célebre obra de Ibarrete

## LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS

á peseta el ejemplar, siempre que se envíe además un real para el certificado.

Y los habrá también, al precio de 30 céntimos cada una, de las obras teatrales escritas por mí,

Dios, Patria y Rey,

¡Ojo al Cristo!

Y dice el sexto mandamiento

## Libros en venta

Habiéndose terminado mucho antes que yo calculaba las existencias de algunos de los libros anunciados con rebaja de precio, publico por segunda vez la relación de los que me quedan:

DE TRES PESETAS, TOMO, Á UNA

Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel, por José Nakens.

DE CINCO PESETAS, Á DOS

La Iglesia y la moral (dos tomos), por Laurent.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

Moral jesuítica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE DOS PESETAS, Á 0,75 CÉNTIMOS

La religión natural, por Meslier.  
El Testamento del cura Juan Meslier

DE UNA PESETA, Á 30 CÉNTIMOS

La Serpiente Negra.  
La Sima de Iguzquiza.  
Tigre tonsurado.

DE 60 CÉNTIMOS, Á 0,20

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Ritcher.

## OTRA COSA

Conservo, de las ediciones de los libros míos que hice hace años á dos pesetas, algunos ejemplares de los titulados

Lo que no debe decirse,  
Garrotazo limpio

y que no había anunciado antes, por que algunos de sus artículos forman parte de los tomos que he publicado después.

Pero como algunos lectores pudieran tener gusto en conservar reunidos los que forman esos dos tomos, los ofrezco á 50 céntimos ejemplar.

La cuestión para mí hoy está en acumular cuantos elementos pueda, con objeto de ensanchar la propaganda de Folletos y Hojitas, la más eficaz de cuantas se me han ocurrido, dada la rabia que ha despertado en los clericales.

## ¡Valientes presbíteros!

Es trasladado el Sr. Hijosa, párroco de Chozas de Canales (Toledo) á Casas de Uceda (Guadajara) porque la maledicencia pública le achacaba no sé qué clase de desperfectos causados en dos Hijas de María.

Y lo sorprende un vecino en el tren, acompañado de una Hija de María llamada Sagrario, que no es ninguna de las dos aludidas, y que es la más hermosa de las tres.



## ¡SOLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

X

### Sor Sicalipsis, Madre.

El marqués y su mujer  
contentos quedan los dos;  
el a se fue a ver a Dios;  
y a él le vino Dios a ver.

(Jurado.)

Vamos a ver dos ejemplos preciosos de transposición de estados: patológico el uno, fisiológico el otro. Mucho ha debido esforzarse en el trabajo de intersección el grave capuchino para procurar sentir lo que vamos a ver, y para acomodar su organismo masculino a las emociones y reacciones femeninas de que trata.

Estos dos problemas debió plantearse en estos términos: ¿qué sentirá en su cuerpo y en su alma la monja enferma? ¿Qué sentirá en su afectividad al desarrollarse en ella el sentido natural?

El primer problema lo resuelve con magnífica travesura. La *composición de lugar*, ó sea la *mise en scene*, es como sigue:

Una enfermería de convento. *Personajes*: La monja, el esposo celestial invisible, que habla por teléfono, y el *vicario* terrenal, ó sea el fraile, que hace sus veces.

Los amantes, ella y él, juegan a médico y a enfermo; tan pronto es ella la enferma y él es el médico; tan pronto el enfermo es él y ella es la enfermera.

A este tenor, en el próximo libro místico, el fraile podrá tratar infinitas situaciones, haciendo imaginar a la monja que es tabernera y él el cliente; que él es el Tambor de granaderos y ella la cantinera, y así indefinidamente.

Veamos ahora el matrimonio místico en el estado patológico:

«En la enfermería» la monja enferma lamentase de «no estar enferma de amores», de sentirse «debilitada y no del dulce atractivo del amante; estropeada y no de servirle a él».

Y de repente se le ocurre que su esposo estaba enfermo de amor y que era médico de amores, y le llama a su lado y comienza a platicar con él:

«Quedate aquí conmigo y seamos compañeros de enfermería: más como médico, cura, si conviene, las dolencias de mi cuerpo y ahonda más la herida de mi alma. Como sé que eres *juntamente médico y enfermo*, he cobrado confianza y libertad para decirte mis flaquezas y mostrarte los males de mi corazón. No te pido la salud, médico mío, sino que me doubles la enfermedad. ¡Si te agrado padeciendo, viva el padecer! ¡Si te sirvo doliente, vengan dolores sobre mí! Pero junta a los males del cuerpo los deliquios del alma y la dulce enfermedad de aquella que decía: *Amore languet*: Desfallezco de amor.

La ¡ que no gusta los demayos de ese mal, suave sobre toda dulzura; la que no

siente los deliquios y las ansias de tu amor, ¿no es en verdad que está enferma y desahuciada? ¡Ay, amor mío! enferme yo de amores, de tus amores, hasta desfallecer y morir con su dulce violencia.»

¡Ah, sí! Tiene razón Valencina; la mujer que ante esas lecturas no arde en deseos sicalípticos, y no se abandona al deliquio y al ansia amorosa, enferma de muerte debe estar, fría como el hielo y agua de chufas debe tener en las venas.

En cambio, la que se entrega al deliquio, según consejo del fraile, seguramente «cierra los ojos a todo para buscar sólo el amor y perderse en su océano sin límites». Por esto intituló Pitarra uno de sus dramas *Cinco minutos fuera del mundo*. Lo mismito diría la Bella Profumeira. Eso le pasaba a Madame Bovary; eso pasa a todas las que se dan a deliquios...

El fenómeno de transposición llega a mucho más, y transpone la especie humana y el mismo reino animal para sentir el amor vegetal.

En este deliquio y ansia febril, la monjita que antes se sintió oveja y amó como oveja, invirtiendo la fábula del amor del cisne mitológico, ahora se siente flor, y quiere amar como las flores, y hacer lo que hacen las flores. He aquí la idea sicalíptico-botánica:

«Quiero ser para ti, lo que es para el sol la flor de los rosales; pero antes es preciso que tú seas para mí lo que el sol para las rosas; él les envía el rayo de luz que las vivifica, da color a sus pétalos, abre sus capullos y los convierte en flores. Ellas en cambio, agradecidas, envían al sol su exquisita fragancia, como tributo de gratitud; fragancia que, cuando el hombre la aspira, le ensancha los pulmones y le da nueva vida. ¡

Brille, pues, sobre mí ¡ tu luz, ¡ vivifique los gérmenes preciosos, ¡ despliegue el broche que los envuelve y conviértalos en flores de tan exquisito aroma, que al aspirarlo, ¡ exclamen como la Esposa de los Cantares: *Flores apparuerunt in terra nostra*.»

Y aquí sigue la transposición del estado fisiológico: la sensación de la maternidad, cuya sofisticación vergonzosa y criminal veremos más tarde.

¡Pobre monjita! Cansada de ser capullo cerrado quiere ser flor... Ansia el polen que ha de fecundarla... Siente hambre de ser mujer-madre... Esto le dijo la naturaleza cuando se sintió oveja: ¿Dónde está tu corderito? Esto le repite al sentirse flor: ¿Dónde está la fecundidad de tu cáliz?... ¿Dónde están los frutos?...

¡Ay!... Valencina se lo calla; no se atreve con la idea que forzosamente ha de asaltar la imaginación de la monja en los períodos mensuales de la naturaleza. ¿Qué haces de los gérmenes preciosos de vida escondidos en el cáliz de tu cuerpo por el dedo de Dios?

—¡Ay!—debe decir la monja...—Que esos gérmenes salen envueltos en inmundicia y son echados a la basura secretamente, vergonzosamente... ¡Estérril!... Flor infecunda é inodora... Oveja

sin ubres y sin cordero... Estéril... Mis deliquios son vanos...

Mas, he ahí de qué manera va a formarse la ilusión de la concepción la monja. Los frailes saben esta necesidad. Hay ciertas Ordenes monásticas que para sensibilizar la ilusión, dan una imagen de un niño recién nacido llamado *Jesucito* a cada monja para que calmen con él sus ardores de madre. La monja de Valencina tiene el niño, y he aquí su monólogo:

«¡Sí, divino infante, aquí te tengo, y no te dejaré! ¡Aquí te tengo, y aquí me tienes...! ¡Tú para mí, y yo para ti...! Y Tú, y yo, y el amor que tú me tienes, y el que yo te profeso, forman mi dicha y constituyen mi felicidad y mi gloria; porque mi gloria es amarte, y padecer deliquios de tu amor, y estar siempre embriagada con la dulcedumbre y los desmayos de esos deliquios amorosos.

¡Oh qué feliz soy en este instante! ¡Oh qué regalos siente aquí el alma! ¡Oh qué sabrosamente transurren las horas! ¡Oh qué bien se está junto a tu pesebre! ¡Oh qué Pascuas tan deliciosas se pasarían aquí!»

En este juego de imaginación hay algo que la sicalipsis de *café-concert* no ha sabido igualar: la idea de concebir al mismo Esposo; Esposo é Hijo al mismo tiempo: Esposo para provocarle los deliquios del amor conyugal; Hijo para excitar la ilusión de madre... Ve que el Hijo tiritita de frío, y ella le calienta con el ardor de su seno; ve a su amante herido, y sorbe frenética la sangre de la herida.....

En el capítulo XXX explica una sesión amorosa de una hora de vela nocturna. Pasado ese tiempo, ella necesita retirarse para que entre otra a su turno. He aquí el requiebro de *monja inocente*:

«¿Si apenas acabo de llegar? ¿Es posible, amado de mi alma, que tan rápidos vuelen los instantes que paso en dulces coloquios contigo? ¡Pero, si aún no te he dicho nada! ¡Si aún no se ha calmado la ansiedad de mi pecho!

¡Ay! tu voz, suave más que el arrullo de la tórtola enamorada, me dice: ¡No...! ¡Vete...! Pero es un vete tan amorosísimo, que me dan ganas de quedarme, y conyugar á solas contigo el verbo amar, que tu me has enseñado.»

Valencina, al escribir esta frase de gramática parda, ha debido sentir un placer inmenso de sátiro, saboreando el efecto que produciría en sus lectoras..., á quienes ha enseñado tales conjugaciones.

El alma.—Divinos.—Y le mueve á bendecirte á ti, Creador de todo.—Mente.—Divina.—Que hay en ella.—Las almas piadosas y las á ti consagradas.

S. PEY ORDEIX

La Inquisición es el nervio y la principal piedra del poder de la Santa Sede.

PABLO IV



## Memorias de un jesuita

### Corazón jesuítico

Había muerto la duquesa de..., gran protectora y entusiasta de los jesuitas; pero en particular devotísima y favorecedora del padre Soldado.

Es el padre Soldado uno de los padres más correctos con que cuenta en Madrid la Compañía; no pudo llegar á ser profeso por su falta total de inteligencia; pero suplíola con astucia y viveza ratoniles, finura algo afectada y melosidades sin cuento para personas ricas é influyentes.

Su aspecto exterior es digno de un estudio detenido, porque si alguna vez se ha dicho con razón que una persona está conservada en vinagre, es tratándose del padre Soldado. Es su color de cera amarillenta; su boca es cuchillada en sandía, tal es la delgadez de sus labios, que pliega de continuo hipócrita y solapada sonrisa; la nariz, aguilena y abundante, se transparenta de puro fina, y los ojos recuerdan esas aceitunas negras y aliñadas que relucen con el aceite que las recubre. El conjunto es de lo más siniestro y antipático que imaginar se pudiere. Pequeño y vivaracho, anda á paso cortos, moviendo apenas la rabiorta y el manto que religiosamente cierra sobre el pecho.

No le hablen al padre de misericordia con los pecadores, piedad para el caído ó caridad y auxilio al menesteroso; son todas estas cosas que no comprende. La dureza intransigente con el caído ó el pequeño y la servil blandura con el grande y el fuerte son sus notas esenciales, la característica de su vida, la línea de conducta que sigue, sin que le tuerzan á la diestra ó á la siniestra lágrimas, lamentos ni recomendaciones. La voz general, el sufragio universal, por decirlo así, han dicho de consumo que el padre Soldado no tiene corazón; pero no falta quien opine y afirme que lo tiene perverso.

Llegó, pues, el entierro de la duquesa, uno de esos entierros de lujo en que una vez más los cristianos del siglo XIX han dicho, poniéndose enfrente del Evangelio: «Bienaventurados los ricos.»

Todo el Madrid elegante iba llegando en magníficos coches á la casa mortuoria. Los hombres calzaban negro guante, vestían traje enlutado y pugnaban por ostentar un continente grave y recogido. Las señoras lucían elegantísimos trajes negros, en los que, bajo telas de lana, crujían ricas sedas, y deshechas en lágrimas entraban en el amplio salón donde la familia ducal recibía cumplidos y saludos.

El carro fúnebre estaba ya ante el portal, y más que mortuario vehículo parecía un monte florido, tanta era la abundancia de las coronas que por completo lo cubrían. Las había de flores naturales, regadas aún por las gotas del rocío; las había también contrahechos con tanta perfección y galanura, que casi pudiera afirmarse que el arte vencía á la naturaleza.

Llegó el padre Soldado, confesor y

amigo queridísimo de la finada; penetró en la sala, donde el duelo se recibía, y, con asombro de todos, rompió á llorar con tan profundo y verdadero desconsuelo, que conmovió á cuantos de la escena eran testigos. «¡Luego dicen que no tiene corazón este hombre! ¡Que vengan aquí los que afirman que los jesuitas no quieren de verdad á sus amigos! ¡Pobre padre Soldado! ¡Cuán de corazón quería y estimaba á la duquesa! Estas y otras frases por el estilo oíanse por dequiera. El padre puso el pañuelo delante de la boca, y sofocando los sollozos se dirigió á la escalera para ponerse en la presidencia de la fúnebre comitiva.

Colocóse en el carro el ataúd; pusmonos en marcha, pues yo acompañaba al padre Soldado, para formar entre los dos una comisión que allí á la Compañía representase, y tomamos la dirección del aristocrático San Isidro.

No describiré el sepelio, y solamente diré que el padre lloró á más y mejor, dejando muy bien puesto el pabellón de la sensibilidad y entrañables afectos jesuíticos.

Ya de noche, volvimos á la residencia, donde apenas entramos, un chico de unos doce años se dirigió al padre Soldado, y deshecho en lágrimas, le dijo:

—¡Tío, por Dios, vaya usted á ver á mamá, que se muere de pena y de frío!

—¿Qué ocurre?—dijo el padre, disimulando la contrariedad que la presencia del niño le causaba.

—Que como no ha ido hoy al entierro de papá, dice mamá que estamos abandonados de todo el mundo.

—Bueno; pero ahora no puedo salir de casa; iré mañana.

—¡Por la Virgen, tío; venga hoy, ahora mismo á ver á mamá!

—No puede ser, no puede ser—exclamó ya con mal talante el jesuita, y echó á andar, dejándonos solos al chico, al portero y á mí, que cuento esta verídica historia.

—Ya has oído—dijo al niño con la mayor dulzura que pude,—que el tío irá mañana á veros.

—Siempre dice que va y nunca va; mi madre llora y se pone mala.

—Mañana va de seguro.

El muchacho no contestó, pero llorando con el mayor desconsuelo, se dirigió á la puerta y se marchó.

Quedámonos mirando al hermano portero y yo, y permanecimos un rato en silencio, hasta que el lego me dijo:

—Es que esta tarde han enterrado á un hermano del padre Soldado; la cuñada ha venido muchas veces durante la enfermedad de su marido, pero nunca ha podido ver á su cuñado, y ahora ya ha visto usted lo que ha hecho con el sobrino.

No añadí un comentario; sentí frío en el alma, y subí á mi cuarto pensando: «¡Verdaderamente, los jesuitas no debemos tener corazón!»

GIL BLAS DE SANTILLANA

Si alguien dijera que visitó un país en que los árboles se pasean, en que los peces nadan en pipa, en que los perros hablan griego, en que los cerdos utilizan cuchillos y tenedores y en que los hombres y las mujeres duermen sobre las nubes, las personas piadosas dirían que

era un loco; pero todas esas personas aceptarían todas las historias milagrosas de la Biblia y estarán dispuestos á exterminar á los que se nieguen á creer en ellas.

## El libre examen

### Factor y salvaguardia de la libertad

La libertad es para la ciencia lo que el aire para los animales: sin ella muere de asfixia. La libertad no debe someterse á ningún dogma, á ninguna pasión, á ninguna idea preconcebida. Las ideas del buen Dios se han extendido considerablemente. Si pudiéramos oír su voz, probable es que le oyéramos decir: «¡Mirad todo!... No de este lado ó de aquel otro. ¡Mirad todo de frente!» Y no le oiríamos decir: «¡Esperad que haya puesto una hoja de parra á la libertad!»

Los pretendidos sabios á la violeta son como los abogados, cuyo oficio no es el de buscar la verdad, sino de hacer creer que la poseen. Están contentos cuando no se les reduce al silencio y responden con una verosimilitud en vez de una verdad.

La ciencia no está vedada á los hombres de fe. La impresión dejada por el catolicismo es tan profunda, que los espíritus libres han tratado de fundar dogmas nuevos. Pero nosotros mismos, ¿no hemos dado pruebas algunas veces de parcialidad ó de pasión, y haciendo un descubrimiento un poco embarazoso para la religión, no hemos dicho: «Quisiera ver la cara que pondrán los clérigos?» No seremos capaces del verdadero libre examen hasta que estemos exentos de pasión.

Los que desconozcan el gran principio del libre examen marcharán siempre á tropezones, cuando es necesario marchar de prisa, pues la vida es corta; y cuando digo que la vida es corta, hablo de la del hombre, no de la de la humanidad.

La ciencia hace espíritus libres y paga así su deuda á la libertad.

HENRY POINCARÉ

## La compra de conciencias

Siempre vigilante, siempre alerta, la farándula católica, sin piedad ni misericordia, busca en la desgracia personajes para sus farsas, que á veces resultan crueles tragedias. La miseria y el dolor son vilmente explotados para preparar teatrales triunfos, y allí donde un desventurado se encuentra, sea cualquiera su desventura, allí el neísmo acude, no á socorrerle y consolarle con cristiana caridad, sino á ofrecerle egoísta protección á cambio de la esclavitud de su conciencia.

Hay que ver, como yo he visto, á esas gentes sin corazón rodear el lecho de un enfermo agónico, acechar páficamente



los momentos de flaqueza de aquel cerebro que va perdiendo la luz de la razón, y atormentar al moribundo con la visión espantable del infierno, si muere en pecado, prometiéndole en cambio dichas sin cuento en la otra vida, y aun en ésta si acaso de su enfermedad sanare, lo cual era probable si volvía sus ojos á Dios. Mentira infame, pues harto saben los que así aconsejan—cuando tal aconsejan—que la muerte está cercana, y por eso preparan, á cualquier costa, una conversión de la que el converso no puede darse cuenta y menos rectificarla luego ó arrepentirse de ella, ni explicar el por qué tuvo que llevarla á cabo.

Hay que ver, como yo he visto, á esas gentes acudir al lado de los necesitados que yacen postrados por el dolor, rodearlos de atenciones y cuidados, y cuando los creen propicios, por la gratitud, á aceptarlo todo, proponerles la más infame de las bajezas: la abdicación de sus ideas y... ¡ay del desdichado si se resiste!; pronto la fingida caridad se convierte en sañuda persecución, y sucumbirá por abandono, por hambre.

Hay que ver, como yo he visto, á esas gentes aprovecharse de las injusticias de la justicia, que ellas mismas alientan, para ofrecer luego al inocente la reivindicación á cambio de su conciencia. Hay que verlas cerca del delincuente, por horrendo que sea el delito cometido, prometiéndole torcer y aun torciendo á veces en su favor la vara de Themis si sabe fingir una sincera conversión, que lanzan luego á los vientos á son de clarines para señuelo de incautos.

Hay que ver, como yo he visto, á esas gentes, cual la repugnante araña siempre dispuestas á caer sobre su presa, siempre en acecho de un miserable á quien poder emplear en el papel de protagonista de sus sainetes, comedias y dramas, de las farsas urdidas para acreditar una religión desacreditada, una tramoya que se derrumba por momentos.

Son maestros en la compra de conciencias y no me extraña que algunos infelices sucumban á sus artes; son tan duchos, tan expertos que, siempre vigilantes, siempre alerta, aprovechan todo momento, toda ocasión, toda necesidad, toda miseria, toda flaqueza.

Por eso cuando alguno cae, yo, que conozco á los compradores de conciencias, pienso sin temor á equivocarme: ese ó es un desdichado, ó un hambriento, ó un criminal.

Y de todos modos esas conversiones no suelen ser más que un nuevo motivo de descrédito para los fariseos, pues en cuanto el converso se ve libre de su maléfica influencia ó dejan de serle necesarios, vuelve al camino de la verdad, que es la única que triunfa siempre.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

### FRASE ABSURDA

¿Cuál es la religión de nuestros padres?

¡La religión de nuestros padres! Esa es una frase hecha, de las más absurdas.

Porque los fenicios, los cartagineses, los romanos y los moros, todos ellos fueron nuestros padres y sus religiones eran diferentes.

## Una carta

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y de toda mi consideración: No comulgo en las ideas políticas de su semanario, pero lo leo, por interesarme su labor anticlerical. Por esta razón hube de enterarme de la carta que usted recibió de Zaragoza, lo que no me extrañó en señoras acostumbradas á asaltar casas en demanda de limosnas para la Buena Prensa. Si usted quisiera insertar la siguiente respuesta se lo agradecería su atenta servidora,

ANTONIA MAYMÓN

Zaragoza.

Mi desconocida Sra. Pilar Dora:

Dice usted que usted y sus amigas rogarán día y noche á la Virgen del Pilar por la conversión del Sr. Nakens. ¡Ah, señora! No la molesten ustedes en este instante, pues debe estar muy atareada, para ocuparse de tal pequeñez. De todas partes suben hasta ella lamentos de dolor y ayes de agonía.

¿Habéis pensado, señora, en el número de desgracias y calamidades que la Virgen, por poder de Dios, sin cuyo consentimiento no se mueve una hoja del árbol, tiene que remediar? Y por si acaso vos, ocupada en el rezo, no las habéis visto, voy á enumeraros algunas:

Debéis saber, señora, que existen muchos niños que antes de nacer padecieron hambre y que apenas nacidos aprendieron á no satisfacerla; y que otros, más desgraciados todavía, fueron arrancados por infames prejuicios del seno maternal, sin posarse ni una vez en ellos los labios de su madre.

Que infinidad de mujeres están vendiendo sus caricias á cambio de pan, mientras otras, extenuadas por trabajos superiores á sus fuerzas, viven muriendo.

¡Cuántas lágrimas de desesperación van empañando el brillo del manto de oro y piedras de la Virgen! ¡Cuánta sangre vertida por la vanidad y la soberbia, salpica la cruz de su hijo! Y siendo así ¿cómo va á hacer caso de vuestras súplicas?

Dejad al Sr. Nakens en su moralizadora campaña, y, apartando los ojos del cielo, fijadlos en la tierra, y yo os pronostico que, en lugar de sentir dulces alegrías, derramaréis lágrimas amarguísimas.

De usted atenta servidora, etc.

## Moral política inmoral de la Iglesia

Las escuelas laicas enseñan la rebeldía contra el Estado vigente.  
(Causante de los obispos contra las escuelas laicas.)

En la Moral jesuítica adoptada como oficial de las escuelas católicas. hallan-

se las más groseras diatribas contra la enseñanza *a-religiosa*, que esto quieren decir y no otra cosa, las palabras *enseñanza-laica*. Esta ni niega ni afirma las religiones, por la sencilla razón de que el maestro de escuela no es doctor en Teología. No cobra sueldo de magistral del cabildo catedral, ni por razón del oficio del beneficio tiene obligación de meterse en cábalas sobre lo que hay ó lo que deja de haber en el mundo imaginado por frailes y obispos en las horas de siesta y entre los vapores de la digestión.

Una de esas diatribas es la de acusar la enseñanza laica de propagar la rebeldía contra el Estado, lo cual parece ser aquello de «al revés te lo digo para que lo entiendas». Porque, una vez suprimida la supremacía del otro mundo moral teológico sobre éste, queda la supremacía del Estado como base fundamental del orden social, así como el Estado hallase solamente influido é inspirado por las ciencias de este Valle de lágrimas, sin necesidad de ir á pedir á los teólogos que pidan por teléfono al Espíritu Santo (que están plumando y devorando) su consejo de pájaro para gobernar los hombres.

Véase en cambio lo que esa Iglesia, autocrática rabiosa cuando ella maneja el Estado, enseña á sus sectarios en las aulas de su Moral.

Lo que copiamos está sacado de la *Theologia Moralis* del célebre liso padre Gury, *Tractatus de Justitia et Jure*, *Tractatio Preambula*, escrito expresamente para los chinos, es decir, para los españoles y americanos-latinos.

«Cuestión 1.ª ¿Las leyes civiles en materia de justicia, obligan la conciencia?...

a). No obligan las leyes que van directamente contra la ley natural ó contra la ley eclesiástica en materia sujeta á la Iglesia por derecho nativo; b). Las leyes simplemente penales (cfr nú 100 y 138) porque no está claro que obliguen en conciencia según D'Annibal, Alsina, Génicot, Marres, Santi-Laitner.

Cuestión 2.ª ¿Las leyes que niegan la acción en el foro externo (oficial) obligan también en conciencia?

Es cierto que los legisladores pueden hacer nulos en ambos foros los contratos que les incumbieren, antes de la sentencia judicial; la dificultad estriba en la interpretación de su intención, á saber: si realmente querían que fuesen nulos antes de la sentencia ó sólo después y á petición de la parte, ó si sólo lo hicieron para negar la acción en el foro externo, para evitar pleitos.

Esto supuesto, no obligan en conciencia si la acción se encamina á ejercer un derecho natural...

Cuestión 3.ª ¿Las otras leyes que obligan la conciencia, lo hacen por sí, ya antes de la sentencia judicial, ó sólo después de ésta?

Los autores no están de acuerdo y hay probabilidad para el sí y para el no.



*Resuelve.*—El acto ó contrato declarado nulo por la ley sólo por carecer de capacidad legal el otorgante, generalmente puede ser válido en conciencia... Tales son los contratos otorgados por los menores de edad y por la mujer sin consentimiento del marido, etc. Lo mismo debe decirse de los otorgados por miedo, error, fraude, y que se llaman anulables.

3.ª—Si los contratos son válidos por derecho natural y nulos por la ley civil por falta de requisitos, los obligados no lo están en conciencia á cumplirlos...

Esto vale probablemente en todos los pactos, aunque sean declarados nulos con nulidad absoluta.

#### *Tractatus de Legibus, cap. III.*

*Cuestión 2.ª* ¿Puede la ley humana mandar actos meramente internos? La ley civil ciertamente NO PUEDE... Porque no puede juzgar de las cosas internas. La Iglesia puede mandarlos.

*Cuestión 5.ª* ¿Puede el confesor mandar actos meramente internos? Sí; porque su cargo reclama esta facultad.

Los herejes, cismáticos y todos los bautizados, aunque no sean católicos, están sujetos personalmente á las leyes de la Iglesia, aunque sean rebeldes... Igualmente los excomulgados, aunque hayan sido lanzados de la Iglesia.

*Cuestión 6.ª* ¿Los clérigos están sujetos á las leyes civiles? Con toda certeza no están sujetos á las leyes que no se avienen con la inmunidad eclesiástica vigente, á su estado y á los sagrados cánones. En las demás están sujetos, no coercitivamente, sino sólo directivamente.

¿Cuáles requisitos ha de tener la ley humana?...

Que nada establezca contra la honestedad y buenas costumbres, contra la recta razón ó contra la ley divina positiva, ni ordene actos malos opuestos á la salvación eterna.

Hasta ahí el P. Gury.

La malicia de esta doctrina no se ve á primera vista. Nada más justo, al parecer, que eso de someter las leyes del Estado y el Estado mismo al *Derecho natural* y á esa ley llamada de Dios, toda vez que en el lenguaje moral el concepto de Dios viene á ser la personificación de la justicia y equidad impersonales y la concreción de la bondad abstracta.

Pero, por una parte, la Iglesia ha hallado en sus logomaquias la manera de derogar en lo que le conviene el Derecho natural, declarándolo sometido á la *Ley de Gracia*, cuyo juez, intérprete y depositario es la misma Iglesia, ó sea el Papa y sus delegados, por lo cual uno es el Derecho natural del mundo no

católico, y otro distinto y contrario el Derecho que, por mofa, llama natural la Iglesia. Así, á la ley natural de la procreación ha opuesto el Papa, con su gracia, la ley del celibato; á la ley del trabajo universal, la ley de la holganza clerical; á la ley natural del amor, la ley del monasticismo solitario y misantrópico, etc.

Lo propio ha hecho con Dios. Dios no es para la Iglesia lo que entiende el resto del mundo, esto es, principio de justicia y de equidad, sin acepción de personas, y padre de los humanos, sino un tirano indiscutible y un juez implacable, cuyos notarios y criminalistas son el Papa y sus comisionados, los cuales hacen hablar á Dios cuando les conviene, ó le amordazan cuando les interesa.

UN DOCTOR MODERNISTA

## ¡Así, así!...

Los vecinos de Riglos se divierten que es un gusto con lo que su cura les dice.

Molestado por las canciones que los vecinos le cantan á su ama, por aquello del infanticidio (al que parece habersele echado tierra), subió al púlpito á defenderla, y entre otras cosas de gracia, dijo á los fieles que «su ama era tan pura como la virgen que estaba en el altar», y «que cómo querían tener buenas cosechas calumniándolos á él y á ella». Los concurrentes se rieron mucho.

El día que todas las personas de buen sentido se rían de lo que los curas digan, ¡qué concurridos van á estar los templos!

Porque, como graciosos, lo son los indinos.

Casi tanto como los frailes pezuñeros que andan por esas calles.

## Sapos y culebras

Faltó una joven al sexto mandamiento en Valencia del Cid, y, arrepentida, prometió no volver á pecar, como así lo hizo; pero nunca se atrevió á confesar su pecado. Deseando, no obstante, hacerlo, se fingió enferma para que el confesor fuera á su casa, como fué, acompañado de otro fraile.

Dió principio la confesión, y el compañero, que miraba desde la puerta á medio entornar, observó que conforme la penitente iba diciendo sus pecados, salían de su boca sapos, culebras, sabandijas y otros animales inmundos, en representación de cuantos pecados había cometido. Asoma después la cabeza un dragón, retirándose en seguida, y los reptiles que antes habían salido vuelven á entrar por la boca de la joven.

El confesor, que nada de esto había observado, dió la absolución á la enferma y se retiró.

El compañero contó por el camino

lo ocurrido, y entonces él exclamó: «¡Ah! Eso significa que esa alma está condenada por ocultar un gran pecado. ¡Corramos á salvarla!» «¡Pero ¡ay!, hermanos míos, decía horrorizándose el jesuita, al llegar á la casa, la infeliz había muerto!»

Pusieronse los dos clérigos á orar fervorosamente por la salvación de aquella alma desventurada, y á poco se levantó la moza, vestida de negro, oliendo á asfúre y gritando: «Estoy condenada por no confesar tal pecado... (uno muy sucio que el jesuita pintó con sus pelos y señales), y me manda Dios á decirlo, para que vosotros, sus ministros, prediquéis este caso por el mundo.»

Este ejemplo pusieron hace tiempo en Villarramiel dos misioneros jesuitas, para incitar á sus vecinos á que les confesasen todos sus pecados.

¿Estarán seguros de que los católicos tienen anchas tragaderas, cuando se atreven á hablarles así?

Cuando leo estas cosas, siento por un instante que los templos me inspiren tanta repulsión; sino, iría á distraerme en ellos.

Pero ¡ay! no me atrevo. ¡Son tan feos los curas!... ¡Huelen tan mal las beatas!... ¡Hay tanto ratón y tanta cucarachal... ¡Va tanto perro á hacer allí sus necesidades!...

Si no fuera por todo esto, me pasaría mis buenos ratitos oyendo disparates. ¡Porque vaya si los dicen gordos!

JOSÉ NAKENS

## VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

XVI

*El tormento en los conventos*

(Conclusión.)

Por la misma época, y referido por la prensa local y de Madrid, tres casos de monjas fugadas de conventos de Plascencia, Málaga y Granada. La de esta última ciudad refiere inauditos tormentos que se daban en su convento; no habló hasta que estuvo bien segura de que no volvería á él. Intervinieron el obispo y la autoridad civil. Las revelaciones de esta monja fueron tan sensacionales como comentadas.

1890.—El suceso tiene lugar en Valencia. Sor Filomena, monja profesada en un convento de esta ciudad, aprovechando un descuido de la hermana tornera, coge las llaves y escapa á toda prisa del convento. Ya en salvo, refiere á su familia y á un dignísimo sacerdote (que me lo ha referido á mí) que se ha escapado huyendo de malos tratos y porque querían obligarla á prostituirse con el capellán del convento y otros primates del clero valenciano que se le señalaban, todos los cuales violaban la clausura y convertían aquella casa en un foco de sacrilega lascivia. La que se negaba á ser instrumento de estas bacanales monásticas era maltratada con saña increíble. En aquel convento se practicaba el tormento de la sed, el de las cuerdas y el del calabozo y el hambre.



Sor Filomena era alta, guapa, algo gruesa, muy ilustrada y de modales muy finos, circunstancias que despertaron los instintos brutales de aquellos seculares con sotana. Esta valiente religiosa estaba decidida a suicidarse antes que permitir mancillasen su honor aquellos desalmados de acuerdo con las monjas.

Sus revelaciones trascendieron al público y los clericales comenzaron a perseguirla; pero ella emigró a Francia y se colocó de tenedora de libros en una importante casa comercial de los alrededores de Tarbes, donde aun se halla, según mis noticias. En la actualidad tendrá unos cuarenta y tantos años.

1887.—Mes de Septiembre. Refieren el suceso *El Globo*, *El Resumen* y otros periódicos.

Las monjas Oblatas de Ciempozuelos, las del obispillo destituido de Australia, *roban*, así como suena, a la aguadora número 4 del Salón del Prado, de Madrid, una niña de doce años. La pobre mujer, madre adoptiva de la niña, se vuelve loca de dolor buscándola por todas partes. Agotados todos los medios y pesquisas, acude al gobernador y éste pone en juego a la policía. Aparece al fin la chica reclusa en las Oblatas contra su voluntad; pero ¡en qué estado! Reducida a los puros huesos, la cabeza rapada, llena de contusiones y descabraduras, cicatrices de golpes en los brazos y piernas. Jura que no quiere volver con las monjas, aunque la maten, y refiere los malos tratos que ha sufrido en el convento y sufren otras niñas allí reclusas.

1886.—Un señor muy rico, madrileño, se enamora de la doncella de su casa; pero la joven rechaza sus mimos, porque, de instintos modestos, ha entregado su corazón al lacayo. El señor lo sabe y se indigna; la venganza germina en su cerebro. ¿No es el magnánimo protector de las Adoratrices? Pues ellas serán sus aliadas. Al efecto las visita, se confabulan, y un día la doncella es enviada al convento con una misiva del señor. Entra, cierran la puerta, la sujetan, se oyen gritos y la joven queda allí encerrada. El suceso no puede quedar oculto, el lacayo removió y habló por todas partes. La autoridad tuvo que intervenir en el asunto y el juez ordenó que se diera libertad a la joven doncella. Esta, al salir, refirió lo que todas: que había sido objeto de malos tratos y golpes por parte de las monjas. El suceso levantó gran polvareda.

Ya que hablo de las Adoratrices no quiero que se me quede en el tintero que existía allí una tal madre Guadalupe (creo que era vizcaína) que era la encargada de ablandar a las rebeldes y a las chicas que entraban allí a arrastras y a empujones. ¿Por qué esta misión? Porque la madre Guadalupe tenía la habilidad de soltar y atizar las bofetadas más vigorosas y sonoras que se han oído en el mundo. Nadie, al ver aquellas manitas finas y blancas, hubiera sospechado tal cosa. Apenas ingresaba una reclusa ya estaba la madre Guadalupe en el recibidor; si la reclusa callaba y se resignaba con su suerte todo iba como una seda, y las manos finísimas de la madre Guadalupe no saltan de las mangas. ¿Chillaba, protestaba? ¡Gran Dios! Dos bofetadas, una en cada carrillo, que hacían crujir las mandíbulas y a veces echar sangre por oídos

y boca, caían sobre ella como llovidas del cielo.

Ante tal argumento las rebeldes callaban sumisas como corderos.

—Si esto pasa apenas cerrada la puerta, ¿qué sucederá después?—se dirían.

Una vez llevaron a las Adoratrices una joven, con engaños, como siempre. La joven aquella era bastante descarada y nada cobarde. Excuso decir que la M. Guadalupe no faltó a su ingreso, ocupando su puesto en el recibidor.

Cuando la joven se percató de que la dejaban allí preguntó hecha una furia:

—¿Por qué me encierran aquí?

La hermana portera temblaba y no se atrevía a contestar, presagiando una escandalera.

La M. Guadalupe contesta:

—Por desvergonzada.

—¿Yo desvergonzada? Ustedes si que son todas unas p...

No pudo ni iniciar la frase. ¡Virgen santísima! Sobre su cara cayeron dos bofetadas tan monumentales, ruidosas y contundentes que la chica rodó por el suelo atontada.

El que presenció esta escena decía que la joven siguió a la hermana portera sin rechistar una palabra.

Era toda una barbiana la M. Guadalupe.

FRAY GERUNDIO

## Pueblo redimido

El pueblo de Quesa (Valencia) ha variado por completo.

Hace unos diez años era el centro de la reacción de la comarca; los alcaldes prohibían en Cuaresma toda clase de distracciones y recogían las guitarras; el cura no tenía tiempo para decir otras misas que las que reclamaban las almas en pena, que aparecían hasta en la sopa; y todo eran fiestas religiosas, misticismo é inmundicia.

Pero desde hace cuatro años ha cambiado todo: el Ayuntamiento no asiste a ningún acto del culto; ha retirado al cura toda clase de subvención; le obliga a pagar los impuestos como a cada hijo de vecino y a reparar por su cuenta el templo y la casa que usufructúa.

Para juzgar el grado de civilización a que ha llegado el pueblo, bastará decir que en la procesión del Corpus de este año sólo iban catorce lilas y el cura, y que ni Dios quiere cargar con las imágenes si no le dan siquiera una pesetilla; en fin, que aquello es una balsa de aceite.

El año pasado, allá por Julio, se turbó unos días la paz en el pueblo, por haberse corrido la voz de que el cura y una joven que le servía y le sirve aún de criada, había ascendido a la categoría de sobrina con todas sus naturales consecuencias; pero aquello pasó pronto.

Cuando en 1908 estuvo Guisasaola a abofetear los chiquillos del pueblo (confirmación creo que le llaman a eso) trató de que las cosas volviesen a los tiempos de antaño, deslizándose alguna palabra amenazadora; pero el entonces alcalde, D. Serafín López, le contestó que los alcaldes honrados no temían a los clericales, y que él seguiría descatozando, al par que educando y moralizando. Guisasaola no insistió.

Confío en que antes de un par de años habrá en España muchos pueblos que

habrán seguido el ejemplo de Quesa, a cuyos habitantes envío mi más cordial enhorabuena por la honrada determinación que han tomado.

## Por salir del paso

Un campesino pregunta al cura de su pueblo qué es un milagro.

—No es fácil definirlo—dice el cura, pero puedo explicártelo por medio de un ejemplo.

—Perfectamente; ¡venga el ejemplo!

—Hélo aquí. Ponte de espaldas.

El campesino se vuelve, y el cura le larga un violento puntapié un poco más abajo de los riñones.

El infeliz arroja un grito, y volviéndose furioso, exclama:

—¡Vive Dios!

Y el cura, tranquilamente:

—¿Lo sentiste?

—¡Caramba! ¿No había de sentirlo?

—Perfectamente. Si no lo hubieses sentido... ¿no habría sido un milagro?

## Bibliografía

*Misión social de la mujer*, por María Pérez de Mendoza.

La autora hace en su libro un completo y hermoso estudio de los principales temas tratados en el Congreso de enseñanza doméstica de la mujer celebrado en Friburgo, Congreso a que asistió, y del cual se esperan grandes y positivos resultados en pro de que la mujer cumpla en la sociedad moderna la esencial misión que le está confiada, libre de los rutinarios de la antigua escuela y de las exageraciones de algunos feministas modernos.

Esta obra es digna de la atención de las autoridades y de los padres de familia, pues todas sus conclusiones son prácticas, de poco coste y están dando excelentes resultados en muchas naciones de Europa.

Los activos editores F. Sempere y Compañía han demostrado una vez más su amor a la cultura patria, editando en condiciones económicas inverosímiles obras como la presente.

*Misión social de la mujer* se vende en todas las librerías a peseta el tomo.

*El dolor ajeno*.—Novela de Jerónimo Rovetta.

Rovetta era uno de los primeros autores de Italia. Acaba de morir, y todos los críticos declaran que entre sus novelas, sobresalen la *Barabinda* y esta que acaba de poner a la venta la Casa Editorial Maucci.

Es una novela perfecta, así por lo magistral de su argumento como por el detenido y acertado estudio de los caracteres de los personajes. Pasan por el fondo del hermoso cuadro las legendarias figuras de Garibaldi, Bricio, Sirtori, Cairoli, Crispi, Thurr y la cohorte de héroes anónimos que libertaron a Italia del yugo extranjero y la unieron en un solo gobierno.

Ese sabor histórico hace doblemente atractiva la obra de Rovetta.



## La tuberculosis antitatuajista del Patronato

Eso es; el Patronato ese de Barcelona, clerical, es denunciado por el Dr. Queraltó como despellejador del anarquista Queraltó.

El hecho fué el siguiente:

Un joven anarquista solicitó el tratamiento antituberculoso del Patronato. Los médicos de éste, descubrieron en un brazo tatuado un «¡Viva la anarquía!», y dieron á entender al enfermo la conveniencia social de hacer desaparecer tal emblema con el despellejamiento ó con los botones de fuego.

Pasado algún tiempo, el Presidente hizo la apología del acto, presentándolo como *acto religioso* de gran mérito para el sujeto que lo soportó y para el Patronato que lo inspiró, provocando la admiración de los devotos aquellos que admiran á San Miguel de los Santos por revolcarse desnudo sobre las zarzas.

El auditorio escuchó y admiró el relato del despellejamiento. Con sólo esto demostró su instinto.

Pero cuando ha venido la silba pública, los patroneros han desmentido el relato.

¿Mintió el presidente engañando á los devotos del despellejamiento?

¿Miente ahora al desmentir el hecho?

Cualquiera se fía de estos profesionales de la *reserva mental* y de la mentira *ad majorem dei gloriam*.

Si no despellejaron á Queraltó, en cambio hacen tirillas del pellejo y fama del Dr. Queraltó.

¡Pobre de él si le pescan! ¡Menudo tatuaje saldrá en su cuerpo!

Salillas ha solfeado de lo lindo el hecho en una conferencia magistral dada en el Ateneo de Madrid.

¡Vivan los despellejadores!, para afrenta de la religión y destrucción de la Iglesia. ¿Cómo podríamos combatirla, si fuesen de otra manera?

La enhorabuena al Patronato, al presidente y al espíritu que les inspiró la mentira del relato, ó la crueldad del hecho.

## Telegrama bochornoso

Sr. director de EL MOTÍN:

Madrid.—De Enguera.—Núm. 134 54 9 17:50.

Hoy enviamos Presidente Consejo ministros telegrama siguiente:

En defensa derecho ultrajado encarcelando honradísimo ciudadano D. Miguel Angel Cabezas, por no descubrirse estando dentro su casa paso procesión calle, protestamos respetuosa y energicamente en nombre correligionarios y personalidades locales todas clases sociales que han visitado detenido cárcel. —Por la directiva círculo Unión republicana, Presidente, Emilio Palop.—Eduardo Martínez.

Y llamo bochornoso á ese telegrama,

porque lo es en alto grado para España el que, mandando el gobierno de significación más liberal dentro de la monarquía, puedan cometerse atropellos como ese de Enguera.

¡Un hombre en la cárcel porque, estando en su casa, no se descubre al paso de una procesión! Ni aun estando en la calle, tiene nadie derecho á exigir que se descubra el que no quiere. ¿Pero pretender que se descubra dentro de su casa? Eso es ya el colmo de la tiranía; eso es inquisitorial, eso es faltar á todo respeto, á toda ley, á toda justicia.

Y eso traerá aquí, tarde ó temprano, algo muy terrible, que no podrá condenar ningún espíritu recto, porque será la condensación de las cóleras acumuladas en tantos años de opresión cobatida, de provocación constante, de vejaciones y atropellos continuos.

## Nuevas "Hojitas"

Los periódicos clericales están que trinan contra las Hojitas piadosas. Y cada día más.

Esto me impone el sagrado deber de arreciar en la propaganda por medio de ellas; y al efecto, y ahora que se acerca la fiesta del cojo de Azpeitia, publicaré, á la vez que las Piadosas, otras Hojitas en las mismas condiciones, tituladas Hojitas de San Ignacio.

Quiero hacer cuanto pueda para descatolizar á este país desventurado, á fin de morir tranquilo, y no tener á última hora el remordimiento de haber perdido ni un segundo ni perdonado un medio que pudiera contribuir á la realización de obra tan justa, tan santa, y tan divertida de paso.

## El homicidio

enseñado y predicado por los frailes

Es un indigno franciscano, un tío que se llama hijo del serafín de Asís en vez de llamarse hijo de Torquemada, y francés además; llámase P. Lepicier, catedrático de Teología en el colegio de *Pro-ganda Fide* de Roma. Acaba de publicar un libro en latín, cuyo título en español es *Estabilidad y progreso del dogma*, en el cual defiende la intolerancia política contra los herejes, á quienes debe exterminarse del mundo asesinandoles «*per mortem ab hoc mundo excludi*», debiendo ser tratados por el Estado como peores que los fabricantes de moneda falsa. «Lejos de ser acción mala la de matar una fiera, es una acción meritoria... Un hereje es peor que una bestia dañina.»

Esto se enseña en la escuela pontificia, en la escuela maestra de todas las escuelas católicas.

Gobiernos liberales, declarados herejes por la Iglesia; políticos anticlericales; *sois peores que fieras*; os lo dice el Papa. El que os mate hará una *gracia tan*

buena como el que mata una fiera. Esto enseñan á vuestros hijos y á los nacionales, los maestros católicos.

¡Y los franciscanos!... Los sucesores de aquellos que fueron combatidos como albigenses y muchos de los cuales fueron degollados por los católicos como herejes.

Y el que predica esta moral homicida ¿no es una fiera?

Franciscanos de Torquemada; Francisco de Asís os maldice.

## Desde Alginet

Sr. director de EL MOTÍN.

Cansado este pueblo de mixtificaciones y atropellos en punto á instrucción, acudió en masa á sus representantes en el municipio, pidiéndoles que crearan dos escuelas para hacer hombres y no para hacer corderos con destino al festín de los lobos de la religión.

El día 27 de Mayo celebraron sesión extraordinaria para resolver el asunto, y después de una lucha desesperada contra los representantes del sanguinario Maura, fué la proposición apoyada por mayoría.

¡Bien por los concejales republicanos y liberales que han creado ese par de escuelas laicas!

VICTOR LOZANO

## Ruego á un juez

Varios presos en la cárcel de La Carolina, me piden que ruegue al Juez de Instrucción, que se les tomen las declaraciones que tengan que prestar en las causas que se les instruyen, en el Salón-Audiencia, á fin de evitarles el afrentoso paseo que tienen que dar hasta llegar al Juzgado, esposados y en compañía de un alguacil.

Haciéndome eco de tan justa petición, trasmito el ruego al Juez, seguro de que habrá de atenderlo.

¿Para que añadir sonrojos á la desventura?

## LÓGICA INFANTIL

La Biblia dice que Caín mató á Abel con la quijada de un burro, sin duda por no tener á mano una navaja de Albacete.

El maestro de una escuela católica, fraile por añadidura, relata la tradición á los discípulos, y pregunta después á uno de ellos:

—Tú, Carlitos, ¿podrías decirme quién fué el primero que murió en la Tierra?

—Sí, señor; un asno.

—No estás tú mal asno.

—Pues, si señor; para que Caín matase á Abel con la quijada de un burro, fué preciso que éste hubiera muerto primero.

El fraile no supo que responder.





## Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

### Alfonso de Borbón y María de las Nieves

Cuando el vicioso é imbécil Pretendiente llamó á España á su hermano para encargarle de las gavillas de perdidos que asolaban el Centro, tenía don Alfonso 24 años de edad, la poca parte de inteligencia que distinguió siempre á su familia, y estaba de zuavo en el ejército del Papa.

Su mujer, doña María de las Nieves, conocida vulgarmente por doña Blanca, era portuguesa, hija de aquel infante D. Miguel, fanático y corrompido, que disputó la corona á la reina liberal doña María de la Gloria; y, convencida de lo escaso del meollo de su manso compañero, lo trataba muchas veces al modo que los chulos tratan á sus señoras.

Ella era el verdadero jefe, la que todo lo disponía; el esposo era lo que vulgarmente se llama un cero á la izquierda; ella la que más gozaba en el derramamiento de sangre, la que incitaba con sus gestos, palabras y acciones al asesinato, la que nagaba la vida al indefenso prisionero, la que contemplaba sin palidecer retorcerse al moribundo en su agonía; ella la que protegía á bandidos como Cucala y el cura Flix, y odiaba y perseguía á los que, como Vallés, recordaban alguna vez que habían sido caballeros antes de ser carlistas.

Aparte la sangre y la matanza, lo que más amaba eran sus zuavos, aquellos batallones de perdidos compuestos en su mayoría de franceses, italianos y alemanes, gente escapada de los presidios, espuma del mal recogida en los puertos donde instintivamente se agrupa la granujería de todo el mundo.

Su paso por las provincias del Centro fué una tempestad de inmoralidades y crímenes. Doña Blanca no sabía ya qué hacer para halagar á aquellos pilos universales, cuya ferocidad tanto le placía.

Era la única fuerza bien vestida y equipada que había en el Centro. Llevaban pantalón bombacho encarnado, chaquetilla turca, capote gris, boina y fusil Remington. Tenían dos pesetas de haber, ración, y manos libres para apoderarse de lo ajeno. Los demás carlistas, valencianos ó catalanes, nada eran al lado de aquella pillería. Doña Blanca los autorizaba para que quitasen á los demás batallones carlistas lo que mejor les pareciera; así es que se llevaron las mejores partes de las músicas, lo mismo que las cornetas, armas, fornituras y cuanto quisieron.

Semejante proceder introdujo una

desmoralización é indisciplina tan grande, que cualquier individuo de los batallones del Maestrazgo ó valencianos que cometía una falta, para eludir la responsabilidad se pasaba al cuerpo de zuavos.

Todo lo más selecto en el mal fué inmediatamente á incorporarse con los célebres zuavos, y de este modo quedaron reforzados y completos sus batallones. Entre sus varios fueros se contaba el de ir en las marchas como les diera la gana, sin atender á ningún orden de formación, detenerse cuando les pareciera oportuno, é incorporarse y pasar revista cuando lo tuvieran por conveniente. Tenían en los alojamientos la preferencia; si al entrar en una casa había otros alojados carlistas que no fuesen zuavos, á palos los echaban, aun cuando fuesen oficiales y aun jefes. Llegó uno hasta el extremo de apalear á un anciano coronel carlista, el cual dió el oportuno parte; y en vez de formar al zuavo consejo de guerra, contestó D.<sup>a</sup> Blanca:

—*Yo no castigaré á ningún bravo; mi zuavo ser un bravo; coronel sea arrestado...*

Los zuavos fueron causa de la destitución y el procesamiento de Vallés, el más decente, quizás el único decente, de los carlistas del Centro.

Al pasar los titulados infantes de Cataluña á Valencia, los zuavos quedaron atrás con el convoy. Varias columnas liberales les cerraron el paso, y Vallés creyó que era mejor esperar que entablar un combate de éxito problemático.

Al presentarse Vallés ante aquel par de infames, les expuso detalladamente lo ocurrido y los inconvenientes con que había tenido que luchar para replegarse, evitando el encuentro de las tropas y sin poder traer el convoy y los zuavos hasta tanto que las columnas liberales fraccionadas dejasen el camino expedito.

Doña Blanca, enfurecida, crispados los nervios y presa de una excitación tal que la hacía contraer el rostro de una manera feroz, levantóse de su asiento y exclamó á grandes voces:

—*¡Mis zuavos! ¡Mis zuavos! ¡il son perdu! ¡oh mon Dieu! ¡que feron nous!* Tú tienes la culpa, imbécil, mal jefe, que no te has atrevido á traer el convoy con mis zuavos. ¿Qué será de ellos ahora?

—Señora,—le contestó Vallés,—he creído prudente no comprometer la vida de muchos hombres por traer un convoy que las peripecias de la guerra impiden que llegue con la premura debida. El enemigo nos tiene circunvalados, y todo paso que se dé con ese ob-

jeto costará una sangre que será irremplazable en el día de mañana.

—¡Eres un cobarde!—continuó doña Blanca en el paroxismo de su ira;—quedas destituido desde este momento, y no te presentes ya ante nuestra vista: ¡vete!

Y Vallés, que tenía el cuerpo cubierto de heridas, por ser de los cabecillas que mejor se habían batido en las dos guerras, se oyó llamar cobarde por aquella tía, y fué procesado.

¡Los zuavos! Jamás se ha visto pillería tan infame ni mujer tan depravada.

En el saqueo de Cuenca, aquellos racimos de horca se arrojaron como sátricos sobre las indefensas mujeres, violándolas en medio del incendio y algunas á la vista de sus parientes heridos.

Una comisión de señoras respetables, con lágrimas en los ojos y palabra trémula fué á visitar á doña Blanca para hablar, no á la fiera, sino á la mujer, rogándole terminasen aquellas monstruosidades; y la heroína del carlismo, sonriendo con cinismo espantoso, contestó con su voccecita de niña:

—*¡Oh! Miz zuavos zon bravos y nada querro decirles. Debo permitirles una ezpanzión.*

Búsquese en los más inmundos lupanares, donde la mujer pierde hasta la última ración de su dignidad, entre las infelices harapientas que pululan por las rondas y en torno de los cuarteles, y de seguro que ni una de ellas, ante la doncella atropellada y casi agonizante, la matrona que llora presa de vergüenza y de dolor, y el pobre niño que abre sus ojos con inmenso asombro, adivinando vagamente el crimen que acaba de cometerse en su madre violada, es capaz de reírse ni de dar el nombre de *expansión* á tales infamias y tales monstruosidades.

EN ALPENS

El bravo brigadier Cabrinetty, terror de los carlistas en Cataluña, operaba con una tropa insubordinada; y creyendo que á fuerza de foguearla volvería á la disciplina, no cesaba de día ni de noche en su persecución al enemigo.

Supo que éste se hallaba en Alpens, y allá se dirigió el 9 de Julio, haciendo alto á una hora del pueblo para hablar á sus tropas de que iban á rescatar á dos compañías de América que los carlistas llevaban prisioneros.

Recibe un parte del alcalde de Alpens de que Saballs había salido del pueblo, y prosigue su marcha con ánimo de pernoctar en él.

Al entrar la vanguardia es recibida con una descarga. Cabrinetty compren-

(Continuará.)



(FOLLETÓN 57.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR  
OFFENBACH

figuraba para nada el gobierno, debió ser, con arreglo á la ley, efectuada sin demora. Sin embargo, no se hizo así; y el gobierno de S. M. ordenó que la ejecución fuese suspendida, lo que, naturalmente, equivalía á desistir de la pena de muerte legal y legítimamente impuesta, pero la que habría sido excesiva severidad llevar á efecto, pues, entre otras consideraciones, había la de que el jefe de aquella expedición, y por tanto el más culpable, era hermano de uno de los estudiantes que en la primera insurrección habían sido ejecutados en la Habana.

No se ha de confundir, pues, la acción del gobierno en estos casos con la que le corresponde usualmente, como á los de todos los países del mundo, cuando se trata de si se ha de conceder ó no se ha de conceder el indulto de la última pena, ó de cualquiera otra, á un sentenciado en cuyo proceso y juicio el gobierno no ha tenido ni podido tener intervención ninguna; entonces, como la cuestión no se le presenta «en grado», puede negarse á prestarle estudio ni atención; mientras que, cuando con arreglo á la ley, lo menos que puede hacer es poner «Visto», tiene que asumir la responsabilidad, que sólo á él toca, no de la sentencia, sino de la ejecución.

He aquí, por lo tanto, cómo actúan de diverso modo el tribunal sentenciador y el gobierno; el primero tiene que atenerse á lo que consta en autos; el segundo puede prescindir absolutamente de todo lo actuado siempre que limite su acción á lo que la ley ordena: á no dejar que se ejecute la tremenda sentencia, la más dura que está en manos del hombre civilizado pronunciar y la única que no tiene remedio ni paliativo. Y lejos de ser inconveniente este sistema, en los países en que aún subsiste la pena capital, y sobre todo en cuestiones tan complejas é intrincadas como son muchas veces las de orden público, es de alta y humana conveniencia que en la aplicación de la extremada pena estén llamados á entender hombres de aquella clase de ilustración y de experiencia que, por regla general, no es dado tener sino á los que, des-

pues de muchos años de vida política y parlamentaria, se hallan al frente de la administración y gobernación de un gran país.

## CAPÍTULO XXXII

De todas maneras, por famosos que hayan llegado á ser los sucesos de Barcelona, y por reprobables que puedan haber parecido, á unos los desmanes de los revoltosos, y á otros la conducta del gobierno, todo eso no son más que, como dicen los españoles, «tortas y pan pintado», en comparación de lo que había sucedido un año ó año y medio antes. Imagínese si no, el lector que una gran población está viendo casas y establecimientos robados y saqueados á diario sin que las autoridades ni la policía den con la pista de los ladrones; figúrese que un día aparece un individuo que, demostrando que ha sabido y sabe quienes son ellos, y donde están, y cuándo y cómo llevan á efecto sus fechorías, se ofrece á impedir que siga habiéndolas, mejor dicho, á cortar de raíz el mal avisando con oportuna antelación cuando va á haberlas; y suponga, en fin, que la necesidad aconseja que se acepte los servicios del que evidentemente era, sino un timador, un cómplice. ¿Cabría en la cabeza de nadie que se acepte también y se cumpla exactamente la condición impuesta por el delator, de que no se le sigan los pasos, ni se ejerza respecto á él la más ligera vigilancia, ni se coarte su acción en lo más mínimo, quedando ipso facto investido personal y exclusivamente del cargo de único inspector y agente de policía en lo que atañe á los mencionados robos y saqueos y toda otra operación por el estilo? Imagínese ahora que, pasando el tiempo y corriendo el dinero, se empieza á sospechar que es él mismo, cabalmente, el autor de alguno ó algunos robos de nuevo efectuados: ¿se explicaría ni comprendería que entonces no se le vigilara para sorprenderle, como él había ofrecido sorprender á los demás con las manos en la masa? ¿Y qué se pensaría ó se diría si, preso y convicto el citado individuo, se le llevase al palo y no se hiciese con el funcionario ó autoridad á quien fuera debido todo esto lo menos que se podía hacer, que era reprobar su inconcebible desacierto? Pues cuanto hemos dicho, y que el lector creará que no ha ocurrido, que no ha podido ocurrir, en ninguna parte del mundo, sucedió en la misma ciudad de Barcelona, bajo el mismo gobierno.

y siendo el mismo también el prefecto de la provincia. Mejor dicho, lo que sucedió es peor todavía; pues nosotros hemos supuesto que los delitos cometidos eran simplemente robos ó saqueos, y los de que en realidad se trata revestían mucha más importancia y gravedad; eran, en suma, de lo más terrible que se puede imaginar; eran atentados dinamiteros contra la gente que trauscurre por la calle; eran tremendas explosiones que lanzaban hechos pedazos por los aires á toda clase de inocentes y pacíficos ciudadanos. Léase, léase con atención lo que vamos á referir, porque de cosa igual ni parecida no creemos que haya ejemplo en todo el mundo en ningún tiempo de la Historia.

La población de Barcelona hallábase consternada. Diez, veinte, treinta, cuarenta y más atentados, entre los consumados y los que dichosamente se quedaron en conatos, se habían venido sucediendo de años atrás, habiendo aumentado últimamente su frecuencia; y no se había podido dar con los autores.

Así las cosas, entérase el prefecto, por persona que había tenido y aprovechado ocasión de saberlo, de la existencia de un individuo que se mostraba tan conocedor de lo que tanto se anhelaba descubrir, que alguna vez había indicado á esa persona que no pasase por determinado lado de determinada vía pública, porque sería peligroso; y... efectivamente en la vía mencionada y en el lado acotado, digámoslo así, por el informante, hubo atentado. Quizá entre cien prefectos no se hallara dos que en este caso hubiesen coincidido perfectamente en lo que con aquella información y aquel individuo habrían hecho; pero seguramente que entre mil, ni entre un millón, se encontraría uno que hiciese lo que aquel hizo: poner, dejar y mantener semanas y semanas, y hasta meses, en manos de hombre tal las vidas de los seiscientos mil habitantes con que cuenta Barcelona, en cuanto pudieran verse amenazadas por los atentados terroristas.

Menos mal si el resultado, al fin, hubiese sido bueno. Pero, cuando, con la libertad y confianza, y aun con la protección, tan imprudente como bien intencionada, de la autoridad gubernativa, de que aquel individuo disfrutaba, se lanza, por afición ó por despecho ó lo que fuese, á cometer, por sí mismo, atentados de esos (y por alguno de ellos consumado se le condenó á una de las varias penas de